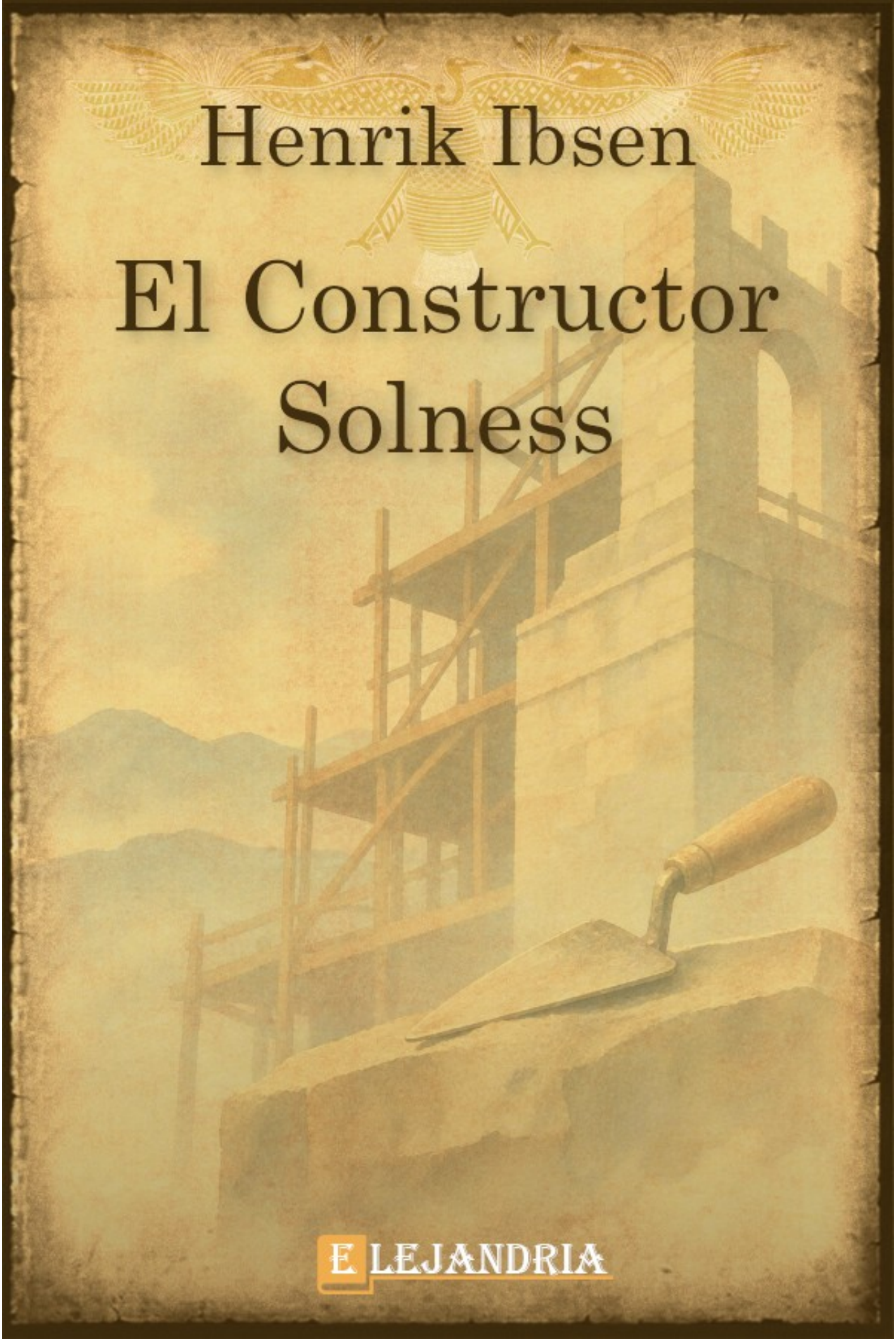
Henrik Ibsen

El Constructor Solness



ELEJANDRIA

Libro descargado en www.elejandria.com, tu sitio web de obras de dominio público
¡Esperamos que lo disfrutéis!

El constructor Solness

Henrik Ibsen

Publicado: 1892
Fuente: archive.org
Traducción: José Ramón Pérez Bances
Edición original: Dramas de Enrique Ibsen, t. II (Madrid, Sucesores de Hernando, 1915)

PERSONAJES

- SOLNESS.
- ALINA SOLNESS, su mujer.
- DR. HERDAL, médico de la casa.
- KNUT BROVIK, antiguo arquitecto, ahora empleado en casa de Solness.
- RAGNAR BROVIK, su hijo, dibujante.
- KAJA FOSLI, sobrina de Brovik, tenedora de libros.
- HILDE WANGEL.
- SEÑORAS.
- LA MUCHEDUMBRE DE LA CALLE.

La acción en casa del constructor Solness.

Derecha e izquierda del actor.

ACTO PRIMERO

Un despacho sencillamente arreglado en casa del constructor Solness. Una puerta que hay en el muro izquierdo, lleva a la antesala. A la derecha, la puerta de las habitaciones interiores de la casa. En la pared del fondo, una puerta abierta que da a la sala de dibujo. En primer término, a la izquierda, un pupitre con libros, cartas y recado de escribir. Junto a la puerta, una estufa. En la esquina de la derecha, un sofá con una mesa y dos sillas; sobre la mesa, una garrafa de agua y un vaso. En el primer término, derecha, una mesa más pequeña con una mecedora y una butaca. Hay lámparas encendidas sobre la mesa de la sala de dibujo, sobre la mesa de la esquina y en el pupitre. Derecha e izquierda del espectador. Knut Brovik y su hijo Ragnar están sentados en la sala de dibujo ocupados con construcciones y cálculos. Knut Brovik es viejo y delgado; el pelo y la barba, canos; lleva una americana algo gastada, pero limpia, y gasta anteojos. Ragnar Brovik es un joven, como de treinta años, bien vestido, rubio, un poco inclinado hacia adelante. Kaja Fosli está en el despacho, en el pupitre, registrando en el Mayor. Es una muchacha de unos veinte años, fina y delicada, pero de aspecto enfermizo; unas gafas verdes le protegen la vista. Los tres trabajan callados un rato.

BROVIK.—*(Se levanta de pronto de la mesa como acometido de algún temor; respira fuertemente y con dificultad, y va hacia la puerta.)* No, esto no puede durar mucho tiempo.

KAJA.—*(Yendo hacia él.)* ¿Estás mal esta tarde, tío?

BROVIK.—Me parece que estoy peor de día en día.

RAGNAR.—*(Levantándose y acercándose a él.)* Sería mejor que te fueses a casa, padre. Trata de dormir un poco.

BROVIK.—*(Impaciente.)* ¿A meterme en la cama? ¿Quieres que me ahogue de sofocación?

KAJA.—Entonces, vete a dar un paseo.

RAGNAR.—Sí, hazlo. Yo te acompaño.

BROVIK.—*(Con dureza.)* ¡No me iré hasta que venga! Esta noche hablaré claramente con… *(Con rabia contenida.)* Con él… Con el principal.

KAJA.—*(Temerosa.)* ¡Oh, no, tío! Aguarda todavía.

RAGNAR.—Sí, padre; vale más esperar.

BROVIK.—*(Respirando con dificultad.)* ¡Hum!… ¡Hum!… No podré esperar mucho tiempo.

KAJA.—*(Escuchando.)* ¡Silencio! ¡Le oigo subir la escalera! *(Se ponen los tres a trabajar. Pausa corta.)*

(Solness entra por la puerta de la antesala: es un hombre de mediana edad, sano y fuerte, de pelo corto y rizoso, bigote negro y cejas espesas; viste una zamarra, cuello postizo, un sombrero de fieltro gris, y trae una cartera debajo del brazo.)

SOLNESS.—*(Desde la puerta, señala a la sala de dibujo y pregunta en voz baja.)* ¿Se han marchado?

KAJA.—*(En voz baja, moviendo la cabeza.)* No. *(Se quita las anteojeras.)*

(Solness deja el sombrero en una silla, posa las carpetas en la mesa de al lado del sofá, y luego se acerca al pupitre. Kaja escribe sin cesar, pero parece estar nerviosa e inquieta.)

SOLNESS.—*(En alta voz.)* ¿Qué es lo que está usted anotando, señorita?

KAJA.—*(Toda estremecida.)* ¡Oh, es una cosa que…!

SOLNESS.—Déjeme usted ver, señorita. *(Se inclina sobre ella como si quisiese ver algo en el Mayor, y murmura.)* ¡Kaja!

KAJA.—*(Escribiendo, en voz baja.)* ¿Eh?

SOLNESS.—¿Por qué se quita usted las anteojeras siempre al entrar yo?

KAJA.—Estoy tan fea con ellas…

SOLNESS.—¿Y no quiere usted estarlo, Kaja?

KAJA.—*(Levantando a medias la vista hacia él.)* Por nada del mundo. A los ojos de usted, no.

SOLNESS.—*(Pasándole la mano por el cabello.)* ¡Mi pobrecita Kaja!…

KAJA.—*(Hundiendo la cabeza.)* ¡Silencio! Pueden oírle.

SOLNESS.—*(Se va descuidadamente hacia la derecha; luego se vuelve y se queda parado a la puerta de la sala de dibujo.)* ¿Ha estado alguien a preguntar por mí?

RAGNAR.—*(Poniéndose en pie.)* Sí; el matrimonio joven que quiere construir un hotel afuera, en Lovstrand.

SOLNESS.—¡Ah, eran esos! Tendrán que esperar. No tengo todavía el plano.

RAGNAR.—*(Acercándose, con alguna vacilación.)* Dicen que desearían tener los planos lo más pronto posible.

SOLNESS.—Sí, ¡claro!… Todos quieren lo mismo.

BROVIK.—*(Levantando la cabeza.)* Dicen que están ansiosos por poder vivir en casa propia.

SOLNESS.—¡Claro, claro! ¡Ya sabemos la historia! Y luego se conforman con cualquier cosa. Se procuran una…, un sitio para vivir. Una especie de lugar de refugio, pero no un hogar. ¡No, no; muchas gracias! Prefiero que busquen otro. Dígaselo usted cuando vuelvan.

BROVIK.—*(Se sube las gafas hacia la frente, y le mira sorprendido.)* ¿A otro? ¿Renunciaría usted al trabajo?

SOLNESS.—*(Impaciente.)* Sí, sí. ¡Que se lo lleve el diablo! Si ha de ser sin remedio, entonces… Es preferible a edificar en el aire. ¡Además, que apenas conozco a la gente esa!

BROVIK.—Son gente formal. Ragnar los conoce. Se trata con ellos. Gente muy formal.

SOLNESS.—¡Oh! Formal, formal… No me refiero a eso. ¿Pero es que tampoco usted me comprende? *(Violentamente.)* No quiero nada con esas gentes extrañas. Que se dirijan a quien quieran.

BROVIK.—*(Levantándose.)* ¿Lo dice usted en serio?

SOLNESS.—*(Malhumorado.)* Sí… Por esta vez, sí. *(Pasea por la habitación. Brovik cambia una mirada con Ragnar. Ragnar le hace un ademán de advertencia.)*

BROVIK.—*(Entrando en la pieza del primer término.)* ¿Tiene usted la bondad de escucharme dos palabras?

SOLNESS.—Con mucho gusto.

BROVIK.—*(A Kaja.)* Vete adentro entretanto.

KAJA.—*(Inquieta.)* ¡Pero tío…!

BROVIK.—Haz lo que te digo, niña. Y echa la llave a la puerta. *(Kaja se va lentamente hacia la sala de dibujo, arroja disimuladamente una mirada temerosa y suplicante a Solness, y echa la llave.)*

BROVIK.—*(Con voz un poco contenida.)* No quiero que los muchachos sepan lo mal que estoy.

SOLNESS.—Realmente, tiene usted mal aspecto estos días.

BROVIK.—Esto se acaba pronto. Mis fuerzas disminuyen… de día en día.

SOLNESS.—Siéntese usted.

BROVIK.—Si usted lo permite…

SOLNESS.—*(Empujando una butaca.)* Siéntese usted ahí.

BROVIK.—*(Se sienta con trabajo.)* Bien; se trata, naturalmente, de Ragnar. Eso es lo que más me preocupa. ¿Qué va a ser de él?

SOLNESS.—Su hijo seguirá en mi casa todo el tiempo que quiera.

BROVIK.—Pero eso es precisamente lo que no quiere… Él dice que lo que ya no puede.

SOLNESS.—Yo creo que está bien pagado. Pero si quisiera más sueldo, no tendría inconveniente en…

BROVIK.—¡No, no! No es eso. *(Impaciente.)* También él tiene derecho a trabajar alguna vez por su cuenta.

SOLNESS.—¿Cree usted que Ragnar tiene las cualidades necesarias para eso?

BROVIK.—¡Oh, eso es lo terrible! También yo he empezado a dudar del muchacho. Usted no ha dicho nunca… una frase de animación para él. Pero, por otra parte, me parece que tiene que ser así. Tiene que tener esas cualidades.

SOLNESS.—Bien; aunque las tenga. No ha estudiado nada… a fondo. Naturalmente, aparte del dibujo.

BROVIK.—*(Le mira con odio contenido, y dice con voz ronca.)* Tampoco usted había estudiado mucho allá cuando estaba a mi servicio. Y, sin embargo, emprendió usted el camino. *(Tomando aliento con trabajo.)* Y salió usted adelante. Y me pasó a mí y a otros muchos.

SOLNESS.—Entonces se puso todo en mi favor.

BROVIK.—En eso tiene usted razón. Todo se puso en favor de usted. Pero por eso no debía usted tener corazón para dejar que me fuera a la sepultura antes de ver… para lo que servía Ragnar. Y luego, me gustaría verlos casados… antes de irme de este mundo.

SOLNESS.—*(Hoscamente.)* ¿Es ella la que lo quiere así?

BROVIK.—Ella, no tanto. ¡Pero Ragnar no cesa de hablar de ello! *(Suplicante.)* Tiene usted…, tiene usted que ayudarle a conseguir algún trabajo independiente. Quiero ver algo hecho por el muchacho. ¿Oye usted?

SOLNESS.—*(Colérico.)* ¿Pero es que yo puedo bajar de la luna encargos para él?

BROVIK.—Puede tener un buen encargo ahora precisamente. Un gran trabajo.

SOLNESS.—*(Inquieto y sorprendido.)* ¿Él?

BROVIK.—Sí; si usted da su consentimiento para ello.

SOLNESS.—¿Qué trabajo es ese?

BROVIK.—*(Vacilando un poco.)* Podía hacer el hotel ese en Lovstrand.

SOLNESS.—¿Ese? ¡Pero ese voy a construirlo yo!

BROVIK.—¡Oh! Usted no tiene gana ninguna de hacerlo.

SOLNESS.—*(Indignado.)* ¡Que no tengo gana! ¡Yo! ¿Quién ha dicho eso?

BROVIK.—Usted mismo lo decía hace un instante.

SOLNESS.—¡Oh! No haga usted caso de lo que yo digo… así… ¿De modo que Ragnar puede obtener la construcción de ese hotel?

BROVIK.—Sí. Es conocido de la familia. Y además…, solo por pasatiempo…, ha hecho planos y presupuestos y todo…

SOLNESS.—¿Y están satisfechos con los planos las gentes que quieren la casa?

BROVIK.—¡Ya lo creo! Con solo que usted los examinase y los aprobase…

SOLNESS.—¿Dejarían que Ragnar construyese su casa?

BROVIK.—Les gustó extraordinariamente lo que proyectaba hacer Ragnar. Decían que era algo completamente nuevo.

SOLNESS.—¡Conque sí! ¡Nuevo! ¡No esperpentos pasados de moda como los que yo suelo construir!

BROVIK.—Les pareció una cosa distinta.

SOLNESS.—*(Con amargura contenida.)* De modo que era para ver a Ragnar para lo que vinieron aquí…, mientras yo no estaba.

BROVIK.—Vinieron para hablarle a usted. Y luego para preguntarle si estaría usted acaso dispuesto a renunciar…

SOLNESS.—¿Renunciar? ¡Yo!

BROVIK.—En el caso de que encontrase usted que los planos de Ragnar…

SOLNESS.—¡Yo! ¡Retirarme yo ante su hijo!

BROVIK.—Querían decir renunciar al contrato.

SOLNESS.—¡Bah! En el fondo es lo mismo. *(Ríe amargamente.)* ¡Conque sí! ¡Halvard Solness… debe empezar a retirarse! ¡Dejar paso a los jóvenes que vienen detrás! ¡Acaso a los más jóvenes! ¡Siempre dejar el paso! ¡Paso, paso!

BROVIK.—¡Pero, señor!, ¿es que no hay sitio para más de uno?

SOLNESS.—¡Tanto sitio no hay! Bueno; será lo que sea. ¡Pero yo no me retiro nunca! ¡No retrocedo ante nadie! ¡Voluntariamente, nunca! ¡Nunca haré eso mientras viva!

BROVIK.—*(Se levanta trabajosamente.)* ¿De modo que he de despedirme de la vida sin confianza, sin alegría, sin creer en Ragnar, sin haber visto ni una sola obra suya? ¿Tendré que hacerlo?

SOLNESS.—*(Se vuelve de medio lado y murmura.)* ¡Oh, no me pregunte usted más!

BROVIK.—Sí. Contésteme usted a esto: ¿tengo que marcharme de la vida así, sin ningún consuelo?

SOLNESS.—*(Parece luchar consigo mismo. Por fin dice con voz contenida, pero con firmeza.)* Se marchará usted de la vida del mejor modo que sepa y pueda.

BROVIK.—Será así. *(Andando por la habitación.)*

SOLNESS.—*(Siguiéndole medio desesperado.)* Yo no puedo hacer otra cosa; ¿entiende usted? Soy como soy y no puedo cambiarme.

BROVIK.—No; no puede usted. *(Vacila y se para, apoyado en la mesa del sofá.)* ¿Me permite usted tomar un vaso de agua?

SOLNESS.—Con mucho gusto. *(Llena el vaso y se lo da.)*

BROVIK.—Gracias. *(Bebe y vuelve a posar el vaso.)*

SOLNESS.—*(Yendo a la puerta de la sala de dibujo y abriéndola.)* Ragnar, tiene usted que acompañar a casa a su padre.

(Ragnar se levanta y juntamente con Kaja viene a la pieza de trabajo.)

RAGNAR.—¿Qué pasa, padre?

BROVIK.—Dame el brazo. Y ahora vámonos.

RAGNAR.—Vámonos, sí. Ven tú también, Kaja.

SOLNESS.—La señorita Fosli tiene que quedarse. Tan solo un momento. Tengo que escribir una carta.

BROVIK.—*(A Solness.)* Buenas noches. Que usted descanse… si puede.

SOLNESS.—Buenas noches. *(Salen Brovik y Ragnar. Kaja se va hacia el pupitre. Solness está de pie al lado de la butaca con la cabeza hundida.)*

KAJA.—*(Insegura.)* ¿Hay una carta?

SOLNESS.—*(Secamente.)* ¿Qué ha de haber? *(La mira duramente.)* ¡Kaja!

KAJA.—*(Temerosa, en voz baja.)* ¿Qué quiere usted?

SOLNESS.—*(Señalando imperativamente con el dedo hacia el suelo.)* ¡Aquí! ¡Enseguida!

KAJA.—*(Vacilando.)* Sí.

SOLNESS.—*(Del mismo modo.)* ¡Más cerca!

KAJA.—*(Obedeciendo.)* ¿Qué quiere usted de mí?

SOLNESS.—*(Después de estarla mirando un momento.)* ¿Es a usted a quien debo agradecer la historia?

KAJA.—No, no. ¡No crea usted eso!

SOLNESS.—Pero casarse… sí que quiere usted.

KAJA.—*(En voz baja.)* Ragnar y yo estamos prometidos hace cuatro…, cinco años, y…

SOLNESS.—Y usted creyó que era necesario terminar. ¿No es eso?

KAJA.—Ragnar y el tío lo quieren; y tengo que someterme.

SOLNESS.—*(En tono más suave.)* Kaja, ¿verdad que en el fondo quiere usted un poquito a Ragnar?

KAJA.—Quise a Ragnar mucho en otro tiempo…, antes de venir aquí.

SOLNESS.—¿Pero ahora ya no? ¿Ya nada?

KAJA.—*(Con pasión.)* ¡Demasiado lo sabe usted! ¡Ahora solo quiero a uno! ¡Tan solo a él en el mundo! ¡Nunca podré querer a ningún otro!

SOLNESS.—Eso dice usted; pero luego se va usted de aquí y me deja solo con todo esto.

KAJA.—¿Pero es que no podría seguir con usted aunque Ragnar…?

SOLNESS.—No. Eso no sería posible. Si Ragnar se va de aquí y empieza a trabajar por su cuenta, la necesitará a usted.

KAJA.—¡Oh! Me parece que no podré separarme nunca de usted. ¡Tan imposible, tan absolutamente imposible me parece!…

SOLNESS.—Entonces procure usted quitarle de la cabeza a Ragnar esos proyectos absurdos. Cásese usted con él si quiere… *(Cambiando de tono.)* Es decir, convénzale usted de que debe seguir aquí conmigo. Entonces podré conservarla también a usted, querida Kaja.

KAJA.—¡Oh, si eso fuese posible!

SOLNESS.—*(Posa las manos sobre su cabeza y la susurra.)* Porque yo no puedo vivir sin usted, ¿comprende? Necesito que esté usted aquí siempre a mi lado, a todas horas.

KAJA.—*(Profundamente conmovida.)* ¡Dios mío, Dios mío!

SOLNESS.—*(Besándola en el cabello.)* ¡Kaja, Kaja!

KAJA.—*(Arrodillándose ante él.)* ¡Oh, qué bueno es usted para mí! ¡Qué indeciblemente bueno!

SOLNESS.—*(Rápidamente.)* ¡Levántese usted! ¡Levántese usted por…, creo que viene alguien! *(La ayuda a levantarse. Kaja corre hacia el pupitre.)*

(La señora Solness aparece en la puerta de la derecha: está delgada y ajada, pero conserva restos de su antigua belleza. El cabello con trenzas rubias rizadas: vestida de negro y con elegancia; habla lentamente y con voz lamentosa.)

SEÑORA SOLNESS.—*(Desde la puerta.)* ¡Halvard!

SOLNESS.—*(Volviéndose.)* ¡Ah! ¿Eres tú, querida?…

SEÑORA SOLNESS.—*(Arrojando una mirada a Kaja.)* Seguramente vengo a estorbar, ¿verdad?

SOLNESS.—De ninguna manera. La señorita Fosli tiene que escribir una carta corta.

SEÑORA SOLNESS.—Ya lo veo, ¡ya!

SOLNESS.—¿Pero qué querías, Alina?

SEÑORA SOLNESS.—Solo quería decirte que el doctor Herdal está ahí. ¿No quisieras verle un momento?

SOLNESS.—*(La mira con desconfianza.)* ¡Hum! ¿Tiene que hablar conmigo con tanta necesidad el doctor?

SEÑORA SOLNESS.—No, no es precisamente necesario. Vino a visitarme a mí, y, naturalmente, quisiera saludarte a ti también.

SOLNESS.—*(Sonriéndose.)* Ya me lo figuro, ¡ya! Bueno; entonces ten la bondad de decirle que tenga un momento de paciencia.

SEÑORA SOLNESS.—¿De manera que vendrás luego?

SOLNESS.—Acaso. Después…, después, querida Alina. Dentro de unos momentos.

SEÑORA SOLNESS.—*(Mirando de nuevo a Kaja.)* Bien; pero no lo olvides, Halvard. *(Se retira y cierra la puerta.)*

KAJA.—¡Dios mío, Dios mío!… Su señora piensa algo malo de mí.

SOLNESS.—¡De ninguna manera! Nada de eso. Por lo menos, no más que lo de costumbre. Pero ahora será lo mejor que usted se vaya.

KAJA.—Sí, tengo que marcharme.

SOLNESS.—*(Severamente.)* Y procure usted arreglar la historia esa. ¿Oye usted?

KAJA.—¡Oh, si dependiera de mí!…

SOLNESS.—Quiero que se arregle, ¿entiende usted? ¡Y tiene que ser mañana!

KAJA.—*(Temerosa.)* Si no es posible de otra manera, romperé con él.

SOLNESS.—*(Colérico.)* ¡Romper con él! ¿Se ha vuelto usted loca? ¿Quiere usted romper con él?

KAJA.—*(Desesperada.)* Prefiero eso. Porque es preciso que pueda seguir en su casa. ¡No puedo separarme de usted! ¡Es imposible…, absolutamente imposible!

SOLNESS.—*(Con furia.)* ¿Pero y Ragnar entonces? Ragnar es lo que yo…

KAJA.—*(Mirándole con ojos espantados.)* ¿Es por Ragnar por lo que…, por lo que usted…?

SOLNESS.—*(Conteniéndose.)* ¡Oh, de ningún modo! ¡Claro que no! Pero usted no comprende. *(En voz baja y dulcemente.)* A usted es a quien quiero tener en mi casa. A usted sobre todo. Pero precisamente por eso tiene usted que influir con Ragnar para que no se vaya. Bien; a ver si lo arregla usted. Y ahora… váyase a casa.

KAJA.—Bien; buenas noches, pues.

SOLNESS.—Buenas noches. *(Mientras ella se arregla para marcharse.)* ¡Ah! Oiga usted. ¿Están ahí adentro los dibujos de Ragnar?

KAJA.—Creo que sí. Por lo menos, no he visto que se los llevara.

SOLNESS.—Entonces, entre usted y tráigamelos. Voy a mirarlos un momento.

KAJA.—*(Alegrándose.)* ¡Oh, sí; hágalo usted!

SOLNESS.—Por usted lo hago, querida Kaja. Bueno; tráigamelos usted enseguida.

KAJA.—*(Corre a la sala de dibujo, busca en el cajón, saca una carpeta y la trae.)* Entonces, buenas noches y *(Suplicante.)* piense usted bien de mí.

SOLNESS.—Eso lo hago siempre. Buenas noches, querida Kaja. *(Mira de soslayo hacia la derecha.)* ¡Pero váyase usted!

(La señora Solness y el doctor Herdal entran por la puerta de la derecha. Herdal es un hombre de media edad, corpulento, con una cara redonda que expresa satisfacción, lampiño; tiene cabello claro y lleva anteojos de oro.)

SEÑORA SOLNESS.—*(Desde la puerta.)* Halvard, no he podido detener más tiempo al doctor.

SOLNESS.—¡Pero, hombre! Pase usted; pase usted.

SEÑORA SOLNESS.—*(A Kaja.)* ¿Ha terminado usted ya la carta, señorita?

KAJA.—*(Que ha bajado la luz del quinqué que está sobre el pupitre; confusa.)* ¿La carta?…

SOLNESS.—Era una carta muy corta.

SEÑORA SOLNESS.—Sí; muy corta tenía que ser.

SOLNESS.—Puede usted ya irse, señorita Fosli; y mañana esté usted aquí a la hora.

KAJA.—¡Claro está!… Buenas noches, señora. *(Sale por la puerta de la antesala.)*

SEÑORA SOLNESS.—Puedes estar satisfecho de haber dado con esa señorita.

SOLNESS.—Es verdad. Se la puede utilizar para muchas cosas.

SEÑORA SOLNESS.—Eso parece.

HERDAL.—¿Entiende además de teneduría de libros?

SOLNESS.—Sí…, en los dos años ha aprendido algo, sí. Y luego tiene buen genio y está dispuesta a hacer todo lo que se le pida.

SEÑORA SOLNESS.—Eso debe de ser muy agradable.

SOLNESS.—Sí que lo es. Especialmente cuando no se está demasiado acostumbrado a eso.

SEÑORA SOLNESS.—*(Con suave reproche.)* ¿Es posible que digas eso, Halvard?

SOLNESS.—¡Oh, no, no, querida Alina! Perdóname.

SEÑORA SOLNESS.—No hay motivo. De modo, doctor, que más tarde volverá usted a tomar el té con nosotros.

HERDAL.—En cuanto termine la visita esa, vendré.

SEÑORA SOLNESS.—Es usted muy amable. *(Sale por la puerta de la derecha.)*

SOLNESS.—¿Tiene usted prisa, doctor?

HERDAL.—Ninguna.

SOLNESS.—Entonces, ¿podremos charlar un rato?

HERDAL.—Tendré un gran placer en ello.

SOLNESS.—Sentémonos, pues. *(Indica al doctor una mecedora y él se sienta en una butaca. Con una mirada inquisitiva.)* Diga usted… ¿Notó usted algo en Alina?

HERDAL.—¿Ahora, mientras estuvo aquí?

SOLNESS.—Sí. Respecto a mí. ¿Notó usted algo?

HERDAL.—*(Sonriéndose.)* Hombre…, es fácil de notar que su señora… ¡hum!

SOLNESS.—¿Y…?

HERDAL.—Que su señora no tiene una gran predilección por esa señorita Fosli.

SOLNESS.—¿Nada más? Eso lo había notado yo también.

HERDAL.—Y en realidad no tiene nada de extraño.

SOLNESS.—¿Qué es lo que no es extraño?

HERDAL.—El que no le agrade demasiado ver a otra mujer constantemente al lado de usted.

SOLNESS.—Sí. Es posible que tenga usted razón. Y Alina también. Pero…, pero tiene que ser así.

HERDAL.—¿No podía usted tomar un tenedor de libros?

SOLNESS.—¿El primer tipo que se presentase? No, gracias…; eso no me sirve.

HERDAL.—Pero, ¿y si su señora…? Tan débil como es… Si no puede resistir el espectáculo…

SOLNESS.—Que sea como sea…, iba a decir. No puedo prescindir de Kaja Fosli. No me sirve nadie más que ella.

HERDAL.—¿Nadie más?

SOLNESS.—No, nadie más.

HERDAL.—*(Acercando la mecedora.)* Oiga usted, querido Solness. ¿Me permite usted dirigirle una pregunta íntima?

SOLNESS.—Con mucho gusto.

HERDAL.—Las mujeres…, amigo mío…, tienen un olfato magnífico para ciertas cosas.

SOLNESS.—Lo tienen. Es una verdad indudable…; pero…

HERDAL.—Bueno; sigo. Al no poder soportar su mujer de usted a esa Kaja Fosli…

SOLNESS.—¿Qué?

HERDAL.—¿No tiene un poco…, un poquitín de fundamento para esa antipatía?

SOLNESS.—*(Le mira y se levanta.)* ¡Oh!

HERDAL.—No me lo tome usted a mal. ¿Pero de veras no lo tiene?

SOLNESS.—*(Secamente y con decisión.)* No.

HERDAL.—¿De modo que ni el más mínimo fundamento?

SOLNESS.—No tiene más fundamento que su propia desconfianza.

HERDAL.—Sé que ha conocido usted una porción de mujeres en su vida.

SOLNESS.—No lo niego.

HERDAL.—Y también que de algunas de ellas estuvo usted completamente enamorado.

SOLNESS.—También es exacto.

HERDAL.—¿Y… en esta historia con la señorita Fosli… no entra nada semejante en juego?

SOLNESS.—No. Absolutamente nada… por mi parte.

HERDAL.—¿Pero de la otra parte…?

SOLNESS.—Creo que eso no tiene usted derecho a preguntarlo, doctor.

HERDAL.—Habíamos comenzado hablando del buen olfato de su mujer de usted.

SOLNESS.—Es verdad. Y en cuanto a eso… *(Bajando la voz.)* El olfato de Alina… se ha acreditado en cierta medida.

HERDAL.—¿Ve usted?

SOLNESS.—Doctor Herdal…, voy a contarle a usted una historia muy singular. Naturalmente, si quiere usted oírla.

HERDAL.—Historias singulares las oigo siempre con gusto.

SOLNESS.—Bien. Recordará usted que tomé a mi servicio a Knut Brovik y a su hijo…, allá cuando el viejo había decaído tanto.

HERDAL.—Sí; eso lo sé bastante bien.

SOLNESS.—Ambos son gente de provecho, ¿sabe usted? Tienen disposición cada uno a su manera. En esto el hijo tiene la ocurrencia de prometerse. Y, naturalmente, quiere también casarse y empezar a construir por su cuenta. Pues todos los muchachos se preocupan de esas historias.

HERDAL.—*(Riendo.)* Efectivamente, tienen la manía de querer casarse.

SOLNESS.—Bueno. Pero eso no podía convenirme a mí, porque necesitaba a Ragnar en mi casa. Y al viejo también. Es muy útil en todas esas cosas de cálculos de resistencia y capacidad cúbica, etc.

HERDAL.—Bien, sí. Eso también es necesario.

SOLNESS.—¡Claro! Pero Ragnar quería establecerse a todo trance. Era inútil pretender convencerle.

HERDAL.—Sin embargo, siguió con usted.

SOLNESS.—Atienda usted ahora. Un día entra aquí Kaja Fosli para decirles no sé qué cosa. Nunca había estado en mi casa hasta entonces. Y al ver entonces lo enamorados que estaban el uno del otro, se me ocurrió la

idea de que si pudiera conseguir tener aquí a la muchacha, Ragnar se quedaría también.

HERDAL.—Una idea muy comprensible.

SOLNESS.—Sin duda. Pero yo no pronuncié palabra alguna que pudiera revelar mis pensamientos. La miraba, la miraba, y deseaba interiormente que viniese. Luego le dije unas palabras amistosas, la hablé de cosas completamente indiferentes, y sin más se fue.

HERDAL.—¿Y después?

SOLNESS.—Al día siguiente, a la noche, cuando Brovik y Ragnar se habían marchado ya, apareció ella y habló como si hubiese habido un convenio entre nosotros.

HERDAL.—¿Un convenio? ¿Sobre qué?

SOLNESS.—Exactamente sobre lo que yo había deseado y a pesar de que estoy seguro de que no se me había escapado una sola palabra que pudiera haberlo dado a entender.

HERDAL.—Es extraño.

SOLNESS.—¿Verdad que sí? Venía sencillamente porque quería saber qué es lo que tendría que hacer aquí; me preguntó si había de empezar ya al día siguiente. Y una porción de cosas por el estilo.

HERDAL.—¿No cree usted que pudo haberlo hecho para estar al lado de su novio?

SOLNESS.—Esa era también mi idea al principio. Pero no era así. Se le escapó por completo… tan pronto como vino aquí.

HERDAL.—¿Y vendría hacia usted?

SOLNESS.—Completamente. Cuando estoy detrás de ella y la miro, veo que lo siente. Tiembla y se estremece cada vez que me aproximo a ella. ¿Qué le parece a usted?

HERDAL.—¡Oh, eso tiene su explicación!

SOLNESS.—Sí; pero ¿y lo otro? Lo de que ella hubiera creído que yo le había dicho lo que tan solo había deseado y querido… en silencio, interior-

mente, completamente para mí. ¿Qué dice usted de eso? ¿Puede usted explicármelo, doctor?

HERDAL.—No; esas cosas no las entiendo.

SOLNESS.—Ya me lo parecía a mí. He ahí por qué nunca quería hablar de ello. Ahora, que a la larga la cosa resulta terriblemente molesta; compréndalo usted. Tener que verla todos los días, y hacer… Y además es un crimen contra la pobre chica. *(Duramente.)* Pero no puedo hacer otra cosa. Porque si ella se va…, se me marcha también Ragnar.

HERDAL.—¿Y no le ha contado usted lo que pasaba a su mujer?

SOLNESS.—No.

HERDAL.—¡Pero, señor!, ¿por qué no lo hace usted?

SOLNESS.—*(Le mira con fijeza y dice con voz contenida.)* Porque lo siento como un… tormento aliviador en dejar que Alina me juzgue injustamente.

HERDAL.—*(Sacudiendo la cabeza.)* No entiendo ni una letra.

SOLNESS.—¿Sabe usted?… Así satisfago un poco de una enorme deuda que tengo contraída…

HERDAL.—¿Con su mujer?

SOLNESS.—Sí. Y eso aligera al menos un poco el ánimo. Se puede respirar un momento.

HERDAL.—No; no entiendo ni una sola palabra de lo que usted quiere decir.

SOLNESS.—*(Interrumpiéndole y poniéndose en pie.)* Bueno; no hablemos más de ello. *(Da unos pasos por la habitación, se vuelve, y mira sonriéndose al doctor.)* ¿Sabe usted, doctor, que me la ha dado usted muy bien?

HERDAL.—*(Un poco incomodado.)* ¿Cómo es eso? ¿Qué quiere usted decir?

SOLNESS.—Dígalo usted francamente si es exacto lo que he notado.

HERDAL.—¿Qué es lo que ha notado usted?

SOLNESS.—*(Lentamente, con voz contenida.)* Que anda usted como quien no quiere la cosa, y no me pierde usted de vista.

HERDAL.—¡Que yo…! ¡Pero, señor!, ¿por qué iba yo a hacer eso?

SOLNESS.—Porque usted cree que yo… *(Violentamente.)* Vaya…, porque cree usted de mí lo mismo que Alina.

HERDAL.—¿Y qué cree de usted su mujer?

SOLNESS.—*(Dominándose.)* Ha comenzado a creer que yo estaba…, ¿cómo decirlo?…, enfermo.

HERDAL.—¡Enfermo! ¡Usted! Nunca me ha dicho una palabra de eso. Pero, amigo mío, ¿de qué iba a estar usted enfermo?

SOLNESS.—*(Se inclina sobre la butaca y murmura.)* Alina se figura que yo estoy loco. Eso es lo que cree.

HERDAL.—¡Pero, querido Solness…!

SOLNESS.—¡Le aseguro a usted que así es! Y a usted le ha convencido también de ello. ¡Oh, oh, doctor! Si se lo noto a usted perfectamente. A mí no se me engaña fácilmente, ¿sabe usted?

HERDAL.—*(Mirándolo asombrado.)* Nunca, señor Solness…; nunca se me ha ocurrido tal pensamiento.

SOLNESS.—*(Con una sonrisa de incredulidad.)* ¿De veras? ¿De veras que no?

HERDAL.—¡No; nunca! Ni a su mujer de usted tampoco. Creo que podía jurárselo a usted sin inconveniente.

SOLNESS.—Eso más vale que lo deje usted. Porque…, ¿sabe?, en cierto sentido… pudiera tener motivos para pensar así.

HERDAL.—¡Le aseguro a usted que…!

SOLNESS.—*(Interrumpiéndole con un ademán.)* Está bien, querido doctor; dejemos esta cuestión. Que cada cual se quede con su idea. *(Tranquilamente.)* Pero oiga usted, doctor… Hum…

HERDAL.—¿Qué?

SOLNESS.—De modo que si usted no cree que yo estoy así… enfermo… y chiflado… y loco…

HERDAL.—¿Qué quiere usted decir?

SOLNESS.—Entonces creerá usted, naturalmente, que yo soy un hombre extraordinariamente dichoso.

HERDAL.—¿Es que sería una equivocación?

SOLNESS.—¡Dios me libre! ¡Qué cosas tiene usted! ¡Ahí es nada! ¡Ser el constructor Solness!

HERDAL.—Confieso que me parece que ha tenido usted una suerte extraordinaria.

SOLNESS.—*(Conteniendo una sonrisa melancólica.)* Y efectivamente que la he tenido. En ese sentido no puedo quejarme.

HERDAL.—Al comienzo de su carrera se le quemó a usted la casa vieja. Fue una gran suerte para usted.

SOLNESS.—Lo que se quemó era la casa paterna de Alina. No olvide usted eso.

HERDAL.—Sí; para su mujer ha tenido que ser triste.

SOLNESS.—La herida no se la ha cerrado todavía. Y han pasado trece, catorce años.

HERDAL.—Lo que vino después fue un golpe duro para ella.

SOLNESS.—Para los dos.

HERDAL.—Pero a usted aquello le dio ocasión para subir. Empezó usted en la miseria, y hoy es el primero de su profesión. No puede usted decir que no haya tenido suerte.

SOLNESS.—*(Mirándole sombríamente.)* Pues eso es precisamente lo que me aterra.

HERDAL.—¿Qué le aterra a usted? ¿El haber tenido suerte?

SOLNESS.—Lo que me hace temblar noche y día. ¿Sabe usted? Porque alguna vez tiene que venir el cambio.

HERDAL.—No diga usted eso. ¿De dónde iba a venir el cambio?

SOLNESS.—*(Con firme seguridad.)* De la juventud.

HERDAL.—¡Bah! ¡De la juventud! Me parece que todavía no está usted gastado. ¡Oh, no!… Usted está hoy más firme y más seguro que nunca.

SOLNESS.—Viene, viene el cambio. Lo presiento. Y siento que se acerca. Viene alguien que grita: «¡Retírate ante mí!» Y todos los demás le siguen y gritan amenazadores: «¡Deja paso! ¡Paso! ¡Paso!» Aguarde usted, aguarde usted, y lo verá. Un día cualquiera llega la juventud a llamar a mi puerta…

HERDAL.—*(Riéndose.)* Bien; ¿y qué?

SOLNESS.—¿Y qué? Entonces se habrá acabado el constructor Solness.

(Llaman a la puerta de la izquierda.)

SOLNESS.—*(Estremeciéndose.)* ¿Qué es eso? ¿Ha oído usted?

HERDAL.—Ha llamado alguien a la puerta.

SOLNESS.—*(En voz alta.)* ¡Adentro!

(Entra Hilde Wangel: es una muchacha de media estatura, esbelta y grácil y fina; está un poco tostada por el sol. Con traje de turista; cuello vuelto; el vestido un poco subido; morral a la espalda; plaid sujeto con unas correas.)

HILDE.—*(Yendo hacia Solness con los ojos brillantes de alegría.)* ¡Buenas noches!

SOLNESS.—*(Mirándola inseguro.)* Buenas noches…

HILDE.—*(Riendo.)* Casi me parece que no me reconoce usted.

SOLNESS.—Confieso que… en el momento…

HERDAL.—*(Acercándose a ella.)* Pero yo sí la conozco a usted, señorita.

HILDE.—*(Complacida.)* ¡Ah, es usted!

HERDAL.—Sí; yo soy. *(A Solness.)* Nos conocimos este verano en la montaña. *(A Hilde.)* ¿Qué se hizo después de las demás señoras?

HILDE.—¡Oh, aquellas! Se marcharon enseguida hacia el oeste.

HERDAL.—Sin duda no les pareció bien que hiciésemos tantas tonterías por la noche.

HILDE.—No, no creo que les haya parecido bien.

HERDAL.—*(Amenazándola con el dedo.)* Y en cuanto a usted…, no puede usted negar que coqueteó un poquito con nosotros.

HILDE.—Era más divertido que no sentarse a hacer media con las demás mujeres.

HERDAL.—*(Riéndose.)* En eso estoy completamente conforme con usted.

SOLNESS.—¿Ha llegado usted esta tarde?

HILDE.—Sí, señor, acabo de llegar.

HERDAL.—¿Sola, señorita Wangel?

HILDE.—¡Claro que sí!

SOLNESS.—¿Wangel? ¿Se apellida usted Wangel?

HILDE.—*(Mirándole con regocijado asombro.)* Sin duda que sí.

SOLNESS.—¿Entonces es usted acaso una hija del médico de allá arriba, de Lysanger?

HILDE.—*(En el mismo tono que anteriormente.)* ¡Claro! ¿Pues de quién quería usted que fuese yo hija?

SOLNESS.—¡Oh!; entonces también nos hemos conocido allá arriba. El verano en que yo estuve allí para construir la torre de la iglesia vieja.

HILDE.—*(Algo más seria.)* Sí, entonces fue.

SOLNESS.—Hace ya una porción de años.

HILDE.—*(Mirándole fijamente.)* Hace exactamente diez años.

SOLNESS.—Entonces sería usted una niña, ¿verdad?

HILDE.—¡Oh!; ya tendría mis doce o trece años.

HERDAL.—¿Viene usted por primera vez a la ciudad, señorita Wangel?

HILDE.—Sí.

SOLNESS.—¿Y no conoce usted a nadie aquí?

HILDE.—Nada más que a usted. Y a su señora, además.

SOLNESS.—¿La conoce usted también?

HILDE.—Un poco solamente. Estuvimos unos días juntas en el balneario…

SOLNESS.—¿Arriba, en la montaña?

HILDE.—Me dijo que podía visitarla si venía alguna vez a la ciudad. *(Sonriendo.)* Por lo demás, no necesitaba decírmelo.

SOLNESS.—Es extraño que no me haya hablado de eso.

HILDE.—*(Yendo hacia él.)* Y ahora le pido a usted que me deje pasar aquí esta noche.

SOLNESS.—¡Oh!; eso podrá arreglarse sin duda.

HILDE.—¿Sabe usted? No tengo más ropa que la puesta. Es decir, en el morral sí hay algo de ropa blanca; pero hay que lavarla: está demasiado sucia.

SOLNESS.—Todo eso podrá remediarse perfectamente. Voy a decirle a mi mujer…

HERDAL.—Yo iré entretanto a hacer mi visita.

SOLNESS.—Sí; hágalo usted, y vuelva luego.

HERDAL.—*(Alegremente y mirando a Hilde.)* ¡Oh!; puede usted apostar su cabeza a que vuelvo. *(Riéndose.)* Tenía usted razón en su profecía, señor Solness.

SOLNESS.—¿Cómo?

HERDAL.—¿No lo ve usted? Llegó la juventud y llamó a su puerta.

SOLNESS.—Pero muy de otra manera.

HERDAL.—Sin duda. ¡No puede negarse! *(Sale por la puerta de la antesala.)*

SOLNESS.—*(Abre la puerta de la derecha y habla hacia adentro.)* ¡Alina! Ten la bondad de venir. Aquí está una señorita Wangel a quien tú

conoces.

SEÑORA SOLNESS.—*(Aparece en la puerta.)* ¿Quién dices que está ahí? *(Viendo a Hilde.)* ¡Ah! ¿Es usted, señorita? *(Se acerca a ella y le tiende la mano.)* ¿Conque ha venido usted a la ciudad?

SOLNESS.—La señorita Wangel acaba de llegar, y quisiera pasar aquí la noche.

SEÑORA SOLNESS.—¿Con nosotros? Con mucho gusto.

SOLNESS.—Y arreglar sus cosas un poco, ¿sabes?

SEÑORA SOLNESS.—Haré por ella cuanto me sea posible. Es mi deber. Su baúl vendrá después, ¿verdad?

HILDE.—No traigo baúl ninguno.

SEÑORA SOLNESS.—Bien; espero que ya se arreglará. Ahora se quedará usted con mi marido mientras que yo procuro se le disponga una habitación.

SOLNESS.—¿No podría utilizarse uno de los cuartos de los niños? Están ya dispuestos.

SEÑORA SOLNESS.—Sí que se podrá hacer. Allí tenemos sitio de sobra. *(A Hilde.)* Siéntese usted y descanse un poco. *(Se va por la derecha.)*

(Hilde recorre la habitación con las manos a la espalda, y mira acá y allá. Solness está en primer término, también con las manos a la espalda, junto a la mesa.)

HILDE.—*(Parándose y mirándole.)* ¿De modo que tiene usted varios cuartos para los niños?

SOLNESS.—Hay tres en la casa.

HILDE.—¿Es posible? Entonces tendrá usted muchos hijos.

SOLNESS.—No, no tenemos ninguno. Pero usted puede hacer sus veces.

HILDE.—Por esta noche, sí. No gritaré. Trataré de dormir como una piedra.

SOLNESS.—En realidad, debe usted estar muy cansada.

HILDE.—¡Oh, no! Pero, a pesar de eso… ¡Es tan hermoso estar tumbada y soñar!

SOLNESS.—¿Sueña usted con frecuencia?

HILDE.—¡Ya lo creo! Casi siempre.

SOLNESS.—¿Y con qué suele usted soñar?

HILDE.—Esta noche no quiero decirlo. Acaso otra vez. *(Vuelve a recorrer la habitación, se para en el escritorio, y revuelve un poco entre los libros y papeles.)*

SOLNESS.—*(Aproximándose.)* ¿Busca usted algo?

HILDE.—No; simplemente estoy mirando las cosas que usted tiene por aquí. ¿No está eso permitido, acaso?

SOLNESS.—¡Por Dios!

HILDE.—¿Es usted el que escribe en el librote este?

SOLNESS.—No; eso es cosa de la tenedora de libros.

HILDE.—¿Una mujer?

SOLNESS.—*(Sonriendo.)* ¡Claro que sí!

HILDE.—¿Una que está aquí al lado de usted?

SOLNESS.—Sí.

HILDE.—¿Está casada?

SOLNESS.—No; es una señorita.

HILDE.—¡Ah!…

SOLNESS.—Pero probablemente se casará pronto.

HILDE.—Tanto mejor para ella.

SOLNESS.—Pero no para mí. Luego no tendré nadie que me ayude.

HILDE.—¿No podría usted encontrar otra que fuese tan buena como ella?

SOLNESS.—¿Querría usted, acaso, quedarse aquí… y llevar el Mayor?

HILDE.—*(Mirándole de arriba abajo.)* ¡Vaya unas proposiciones que hace usted! No; gracias. No queremos saber nada de eso. *(Vuelve a pasearse por la habitación y se sienta en la mecedora. Solness se coloca al lado de la mesa. Hilde continúa sin interrumpirse.)* Porque aquí puede una entretenerse en cosas mejores. *(Le mira sonriendo.)* ¿No lo cree usted también así?

SOLNESS.—Sin duda. ¿Supongo que ante todo querrá usted hacer compras y ponerse bonita?

HILDE.—*(Alegremente.)* No; eso será mejor que lo deje.

SOLNESS.—¿De veras?

HILDE.—Sí. Ha de saber usted que he gastado todo mi dinero.

SOLNESS.—*(Riéndose.)* ¡De manera que ni baúl ni dinero!

HILDE.—Ni lo uno ni lo otro. Pero yo me río de eso. Me es igual.

SOLNESS.—Vea usted. Eso me gusta mucho en usted.

HILDE.—¿Solo eso?

SOLNESS.—Lo uno y lo otro. *(Sentándose en la butaca.)* ¿Vive todavía su padre de usted?

HILDE.—Sí, señor. Mi padre vive todavía.

SOLNESS.—¿Y viene usted aquí acaso para estudiar?

HILDE.—No; esa idea no se me ha ocurrido.

SOLNESS.—Pero se quedará usted aquí algún tiempo, es de esperar.

HILDE.—Eso depende de las circunstancias. *(Se balancea un rato y le mira entretanto, medio seria, medio sonriente; enseguida se quita el sombrero y lo pone sobre la mesa.)* ¡Maestro!

SOLNESS.—¿Qué?

HILDE.—¿Es usted muy olvidadizo?

SOLNESS.—¿Olvidadizo? Que yo sepa, no.

HILDE.—¿Entonces es que no quiere usted hablar conmigo de lo que pasó allá arriba?

SOLNESS.—*(Sorprendido por un momento.)* ¿Allá arriba, en Lysanger? *(Indiferente.)* ¡Oh!; sobre eso me parece que no puede hablarse mucho.

HILDE.—*(Mirándole con aire de reproche.)* ¿Cómo es posible que diga usted semejante cosa?

SOLNESS.—Bueno; entonces háble me usted de ello.

HILDE.—El día que se terminó la torre tuvimos una gran fiesta en el pueblo.

SOLNESS.—¡Oh, sí! Ese día no se me olvidará fácilmente.

HILDE.—*(Sonriendo.)* ¿No? ¡Cuánto se lo agradezco a usted!

SOLNESS.—¿Agradecer?

HILDE.—En la plaza de la iglesia tocó la música. Y había mucha, mucha gente. Nosotras las niñas de la escuela íbamos vestidas de blanco y llevábamos banderitas en las manos.

SOLNESS.—¡Ah, las banderas!… Me acuerdo muy bien, sí.

HILDE.—Entonces subió usted por el andamio. Subió usted hasta arriba. Llevaba una corona. Y la puso usted arriba, sobre la veleta.

SOLNESS.—*(Interrumpiéndola secamente.)* Era una costumbre de entonces, una antigua costumbre.

HILDE.—¡Era tan emocionante verle a usted allá arriba! ¡Oh, si cayera! ¡Él…, el maestro mismo!

SOLNESS.—*(Procurando desviar la conversación.)* Y hubiera sido muy fácil, pues había un demonio de muchacha allá abajo, que gritaba y gesticulaba de tal modo…

HILDE.—*(Resplandeciente de alegría.)* ¡Viva el maestro Solness! ¡Así era!

SOLNESS.—Y agitaba de tal modo su bandera, que casi me daban vértigos de verla.

HILDE.—*(En tono más bajo.)* El diablo de muchacha… era yo.

SOLNESS.—*(La mira fijamente, sorprendido.)* Ahora estoy convencido de ello. Tuvo que ser usted.

HILDE.—*(Con la misma vivacidad de antes.)* ¡Era tan hermoso y tan dramático! Yo no podía figurarme que hubiera en el mundo un arquitecto capaz de construir una torre tan alta. ¡Y luego, que se atreviese usted a subir allá arriba, hasta la cúspide! ¡Usted! ¡Un hombre de carne y hueso! ¡Y que no le diesen a usted vértigos! Eso era, en realidad, lo que hacía principalmente que a una… le diese vértigo…

SOLNESS.—¿Cómo sabía usted con tanta seguridad que a mí no…?

HILDE.—*(Protestando.)* ¡Oh, no! ¡Uf! Eso me lo decía una voz interior. Porque si no fuese así no hubiera usted podido cantar allá arriba.

SOLNESS.—*(Mirándola, asombrado.)* ¿Cantar? ¿Que yo cantaba?

HILDE.—Sí que cantaba usted.

SOLNESS.—*(Moviendo la cabeza.)* No he cantado una sola vez en mi vida.

HILDE.—Que sí. Aquel día cantaba usted. Era como si sonasen arpas en lo alto.

SOLNESS.—*(Pensativo.)* Es extraordinaria… toda esta historia.

HILDE.—*(Calla un momento, le mira y dice lentamente.)* Pero luego…, más tarde…, vino lo importante.

SOLNESS.—¿Lo importante?

HILDE.—*(Con fuego en los ojos.)* Supongo que no necesitará usted que yo se lo recuerde.

SOLNESS.—Sí, sí; recuérdemelo usted un poco.

HILDE.—¿No recuerda usted que se dio una gran comida en honor suyo en el club?

SOLNESS.—Es verdad. Y debió haber sido aquella misma tarde, porque a la mañana siguiente me fui.

HILDE.—Y desde el club se fue usted a mi casa, donde estaba usted invitado a cenar.

SOLNESS.—Exacto, señorita Wangel. Es maravilloso lo bien que recuerda usted todas esas pequeñeces.

HILDE.—¡Pequeñeces! ¡Qué gracioso es usted! ¿Acaso fue también una pequeñez el que yo estuviera sola en mi habitación cuando usted vino?

SOLNESS.—¿Estaba usted sola?

HILDE.—*(Sin responderle.)* Entonces no me llamaba usted demonio de muchacha.

SOLNESS.—No; espero que no lo habré hecho.

HILDE.—Me dijo usted que estaba preciosa con el vestido blanco. Y que parecía una princesita.

SOLNESS.—Y seguramente que era verdad, señorita Wangel. Y luego…, tan bien y tan libre como yo me sentía el día aquel…

HILDE.—Y luego me dijo usted que cuando fuera mayor había de ser su princesa.

SOLNESS.—*(Se ríe.)* ¡Oh, oh! ¿También eso?

HILDE.—Sí, señor; eso dijo usted… Y luego, al preguntarle yo que cuánto tiempo tenía que esperar, me dijo usted que volvería dentro de diez años…, como un encantador…, y que me robaría usted. Que me llevaría usted a España o un país por el estilo. Y después me prometió usted que me compraría un reino.

SOLNESS.—*(Risueño.)* Sí; después de una buena comida no se da importancia al dinero. ¿Pero de veras que dije todo eso?

HILDE.—*(Se ríe suavemente.)* ¡Claro que sí! Y también me dijo usted el nombre del reino.

SOLNESS.—¿Cómo era?

HILDE.—El reino de Manzanaria.

SOLNESS.—Era un nombre muy apetitoso.

HILDE.—Pero a mí no me gustó. Porque no parecía sino que quería usted burlarse de mí.

SOLNESS.—Seguramente que no era esa mi intención.

HILDE.—No; no puede pensarse en eso, dado lo que hizo usted después…

SOLNESS.—¿Qué es lo que hice después?

HILDE.—¡No faltaba más sino que lo hubiera olvidado también! Porque a mí me parece que una cosa semejante no debe olvidarse.

SOLNESS.—Ayúdeme usted un poco. Quizás entonces… ¿Eh?

HILDE.—*(Mirándole fijamente.)* ¡Me besó usted, maestro!

SOLNESS.—*(Se levanta, lleno de asombro.)* ¿Hice yo eso?

HILDE.—Sí; sí que lo hizo usted. Me tomó usted entre sus dos brazos, me echó la cabeza hacia atrás y me besó muchas veces.

SOLNESS.—¡Haga usted el favor, señorita Wangel!…

HILDE.—*(Levantándose.)* ¡No irá usted a negarlo!

SOLNESS.—¡Ya lo creo! Lo niego decididamente.

HILDE.—*(Mirándole despectivamente.)* Conque sí, ¿eh? *(Se vuelve y va lentamente hasta cerca de la estufa; se para allí, con la mirada perdida, las manos a la espalda. Pausa corta.)*

SOLNESS.—*(Se aproxima, con precaución y se queda en pie detrás de ella.)* ¡Señorita Wangel!… *(Hilde no se mueve.)* No se quede usted como una estatua de sal. Lo que ha contado ha debido usted soñarlo. *(Poniéndole la mano en un brazo. Hilde hace un movimiento de impaciencia con el brazo. Como ocurriéndosele de pronto la idea.)* ¡O acaso…! ¡Aguarde usted!… La explicación es más profunda, ¿sabe usted? *(Con voz contenida, pero con decisión.)* Todo eso he debido pensarlo. He debido quererlo, lo he deseado, se me ha apetecido. Y entonces…, ¿no cree usted que será esa la explicación? *(Hilde sigue callando.) (Impaciente.)* Bueno… Entonces, sí; es verdad que he hecho lo que usted dice.

HILDE.—*(Vuelve un poco la cabeza, pero sin llegar a mirarle.)* ¿Confiesa usted, pues, que…?

SOLNESS.—Sí, sí; todo lo que usted quiera.

HILDE.—¿Que me estrechó usted entre sus brazos?

SOLNESS.—Sí.

HILDE.—¿Y que me echó usted atrás la cabeza?

SOLNESS.—Muy atrás.

HILDE.—¿Y que me besó usted?

SOLNESS.—Sí, también.

HILDE.—Muchas veces.

SOLNESS.—Todas las que usted quiera.

HILDE.—*(Se vuelve rápidamente hacia él, con la misma expresión de alegría en los ojos.)* ¿Ve usted cómo me lo ha confesado?

SOLNESS.—*(Con una leve sonrisa.)* ¡Figúrese usted!… ¡Que haya podido olvidar una cosa semejante!

HILDE.—*(Alejándose de él, un poco incomodada.)* ¡Oh!; ya me figuro que habrá usted besado a otras muchas en su vida.

SOLNESS.—¡Por Dios! No crea usted eso de mí. *(Hilde se sienta en la butaca. Solness se queda en pie, apoyado en la mecedora, y la contempla.)* Señorita Wangel…

HILDE.—¿Qué?

SOLNESS.—¿Qué pasó? ¿Qué pasó después… entre nosotros dos, quiero decir?

HILDE.—Ya no ocurrió nada más. Demasiado lo sabe usted. Luego vinieron los demás y… ¡buen provecho!

SOLNESS.—Es verdad. Llegaron los demás. ¡Que haya podido olvidar eso!

HILDE.—¡Oh, no ha olvidado usted nada! Lo que pasa es que se avergonzaba usted un poco. Cosas así no se olvidan…, creo yo.

SOLNESS.—Sí; eso debía pensarse.

HILDE.—*(Con nueva vivacidad, mirándole fijamente.)* ¿O es que también ha olvidado usted el día en que ocurrió?

SOLNESS.—¿El día…?

HILDE.—Sí. El día en que usted puso la corona en la torre, ¿eh? Dígalo usted inmediatamente.

SOLNESS.—¡Hum! La fecha la he olvidado, por desgracia. Solo puedo decir que fue hace diez años. Allá por el otoño.

HILDE.—*(Asiente varias veces con la cabeza.)* Fue hace diez años, sí. El diez y nueve de septiembre.

SOLNESS.—Sí, hacia esa fecha. Pero… ¡también eso lo recuerda usted! *(Deteniéndose.)* ¡Pero espere usted un momento! ¡Claro!… Hoy estamos a diez y nueve de septiembre.

HILDE.—Sí, señor. Y han pasado los diez años. Y usted no llegó… como me había prometido.

SOLNESS.—¿Prometido? Querrá usted decir con lo que la había metido miedo.

HILDE.—A mí no me parece que hubiera en ello nada para tener miedo.

SOLNESS.—Entonces sería algo para burlarme.

HILDE.—¿No quería usted más que eso? ¿Burlarse de mí?

SOLNESS.—Bueno; digamos bromear un poco con usted. Le aseguro a usted que ya no lo sé. Pero algo así ha debido ser. Porque usted era entonces una niña.

HILDE.—Tan niña, no. No era una mocosuela, como usted cree.

SOLNESS.—*(Mirándola inquisitivamente.)* ¿De veras ha creído usted en serio todo el tiempo que yo iba a volver?

HILDE.—*(Conteniendo una sonrisa medio incitante.)* ¡Sin duda! Tenía derecho a esperarlo de usted.

SOLNESS.—¿Creía usted que iba a llegar a su casa, cogerla en medio de los suyos y llevármela conmigo?

HILDE.—Exactamente como un encantador, sí, señor.

SOLNESS.—¿Y hacerla a usted una princesa?

HILDE.—¡Pero si así me lo prometió usted!

SOLNESS.—¿Y además darla un reino?

HILDE.—*(Con la mirada fija en el techo.)* ¿Por qué no? No era necesario que fuese un reino verdadero.

SOLNESS.—¿Pero sí algo que valiese por lo menos tanto?

HILDE.—Por lo menos tanto. *(Mirándole un poco de través.)* Un hombre como usted, que era capaz de construir las torres más altas del mundo, tenía que saber arreglarse para hacerse con algo así como un reino…, pensaba yo.

SOLNESS.—*(Moviendo la cabeza.)* No puedo acabar de entenderla a usted, señorita Wangel.

HILDE.—¿No? ¡A mí me parece tan sencilla la cosa!

SOLNESS.—No; no sé si cree usted lo que dice y fantasea usted…

HILDE.—*(Sonriendo.)* ¿Quiere usted decir si me burlo? ¿Como antes usted?

SOLNESS.—Justo. Que se está usted burlando… de los dos. *(Mirándola.)* ¿Hace tiempo que sabe usted que estoy casado?

HILDE.—¡Claro! Eso lo he sabido siempre. ¿Por qué lo pregunta usted?

SOLNESS.—Porque se me ocurrió preguntarlo. Nada más. *(La mira seriamente y dice con voz contenida.)* ¿Por qué ha venido usted?

HILDE.—Porque quiero mi reino. El plazo se ha cumplido.

SOLNESS.—*(Riéndose involuntariamente.)* ¡Es usted admirable!

HILDE.—*(Alegremente.)* ¡Venga mi reino, maestro! *(Golpeando con el dedo.)* ¡Póngame usted el reino sobre la mesa!

SOLNESS.—*(Acerca la mecedora, y dice.)* Hablando seriamente… ¿Por qué ha venido usted? ¿Qué busca usted aquí? ¿Qué va usted a hacer?

HILDE.—Por de pronto, pasearme por ahí viendo todo lo que usted ha construido.

SOLNESS.—Entonces tendrá usted que andar mucho.

HILDE.—Sí; porque ha debido usted construir muchísimo.

SOLNESS.—Mucho. Principalmente en los últimos años.

HILDE.—¿Torres de iglesias también? ¿Tan altas como aquella?

SOLNESS.—No. Ahora ya no hago torres de iglesia. Ni iglesias tampoco.

HILDE.—¿Qué construye usted entonces?

SOLNESS.—Viviendas para hombres.

HILDE.—*(Pensativa.)* ¿Y no podría usted hacer en las viviendas… algo así como campanarios?

SOLNESS.—*(Sorprendido.)* ¿Qué quiere usted decir?

HILDE.—Quiero decir… algo que suba…, que ascienda libremente por el aire. Con la veleta allá en la cima vertiginosa.

SOLNESS.—*(Cavilando un momento.)* Es curioso que se le ocurra a usted eso. Porque sería lo que haría con más gusto.

HILDE.—*(Impaciente.)* Pero ¿por qué no lo hace usted?

SOLNESS.—*(Moviendo la cabeza.)* Los hombres no lo quieren.

HILDE.—¿De veras?… ¡Que no quieran eso!

SOLNESS.—*(En tono más ligero.)* Ahora estoy haciéndome una casa nueva. Aquí enfrente.

HILDE.—¿Para usted mismo?

SOLNESS.—Sí. Está ya casi terminada. Sobre esa casa va una torre.

HILDE.—¿Una torre alta?

SOLNESS.—Sí.

HILDE.—¿Muy alta?

SOLNESS.—Las gentes dirán, de seguro, que demasiado alta. Al menos para una vivienda.

HILDE.—Quiero ver la torre esa. Mañana mismo.

SOLNESS.—*(Se sienta, con la barba apoyada en la mano, y la contempla.)* Diga usted, señorita Wangel… ¿Cómo se llama usted?

HILDE.—Hilde me llamo.

SOLNESS.—¿Conque Hilde?

HILDE.—¿Tampoco se acuerda usted de eso? ¡Si me llamaba usted Hilde! El día en que fue usted tan atrevido.

SOLNESS.—¿Eso también?

HILDE.—Pero entonces me llamaba usted pequeña Hilde. Y eso no me gustó.

SOLNESS.—¿Conque no le gustó a usted?

(El doctor Herdal entra por la antesala.)

HERDAL.—¿Todavía están aquí ustedes dos?

SOLNESS.—Teníamos muchas cosas de qué hablar.

HILDE.—Viejas y nuevas.

HERDAL.—¿De veras?

HILDE.—¡Oh, ha sido muy divertido! ¿Sabe usted? El maestro tiene una memoria tan mala… Se olvida inmediatamente de todo.

(La señora Solness entra por la puerta de la derecha.)

SEÑORA SOLNESS.—Señorita Wangel, ya tiene usted arreglado su cuarto.

HILDE.—¡Oh, qué buena es usted para conmigo!

SOLNESS.—*(A su mujer.)* ¿Uno de los cuartos de los chicos?

SEÑORA SOLNESS.—Sí; el del medio. Pero vámonos a la mesa.

SOLNESS.—¡Conque Hilde va a dormir en uno de los cuartos de los chicos!

SEÑORA SOLNESS.—*(Mirándole.)* ¿Hilde?

SOLNESS.—La señorita Wangel se llama Hilde. La he conocido cuando era todavía una niña.

SEÑORA SOLNESS.—¿De veras, Halvard? Bien, señores. Tengan la bondad. La mesa está puesta. *(Coge el brazo del doctor y se va con él por la derecha.)*

HILDE.—*(Entretanto ha recogido sus cosas. En voz baja y rápidamente a Solness.)* ¿Es verdad lo que usted dijo? ¿Puedo servirle de algo?

SOLNESS.—*(Cogiéndole las cosas.)* A usted era a quien yo echaba de menos.

HILDE.—*(Mirándole con ojos asombrados y llena de alegría y juntando las manos.)* ¡Pero entonces…!

SOLNESS.—*(Con ansiedad.)* ¿Qué?

HILDE.—¡Entonces ya tengo mi reino!

SOLNESS.—*(Involuntariamente.)* ¡Hilde!

HILDE.—*(Con una mueca.)* Casi… quería decir. *(Se va por la derecha. Solness la sigue.)*

ACTO SEGUNDO

Una salita muy lindamente amueblada en casa de Solness. En el fondo, una puerta de cristales, que da a la terraza y al jardín. A la derecha, una esquina con flores, y una ventana. A la izquierda, en la otra esquina, una puerta pequeña. En cada muro lateral, una puerta ordinaria. A la derecha, en primer término, una consola con espejo. Muchas flores y plantas. A la izquierda, primer término, un sofá, con mesa y sillas. Más atrás, un estante de libros. En la esquina de la derecha, una mesita con unas sillas. Es por la mañana temprano. Solness está sentado a la mesa y tiene abierta ante sí la carpeta de Ragnar. Hojea los dibujos y mira algunos de ellos. La señora Solness riega con una regaderita las flores; está vestida de negro, como antes; su sombrero, su capa y su abrigo descansan sobre una silla que está al lado del espejo. Solness la sigue un par de veces con los ojos. Silencio. Kaja Fosli aparece, andando sin ruido, en la puerta de la izquierda.

SOLNESS.—*(Vuelve la cabeza hacia ella y dice en tono indiferente.)* ¡Ah, es usted!

KAJA.—No venía más que a que supiese usted que había llegado.

SOLNESS.—Muy bien. ¿Está ahí Ragnar también?

KAJA.—No; todavía no ha venido. Tenía que esperar un poco en casa hasta que llegase el médico. Pero luego quería venir para saber…

SOLNESS.—¿Cómo va hoy el viejo?

KAJA.—Mal. Le pide a usted que le perdone el no haber podido venir.

SOLNESS.—¡Cómo perdonar! Que se esté tranquilo en la cama. Bien; puede usted ir a su trabajo.

KAJA.—Sí, señor. *(Parándose al marchar.)* ¿Quiere usted acaso hablar con Ragnar cuando venga?

SOLNESS.—No…, no tengo nada de particular que decirle. *(Kaja se va por la izquierda. Solness sigue hojeando en los dibujos.)*

SEÑORA SOLNESS.—*(Regando las plantas.)* Quisiera saber si ese se morirá también.

SOLNESS.—*(Levantando hacia ella la vista.)* ¿Él también? ¿Quién?

SEÑORA SOLNESS.—*(Sin contestar.)* Brovik, el viejo… De seguro se muere, Halvard. Ya verás.

SOLNESS.—Querida Alina, ¿no valdría más que salieses e hicieses un poco de ejercicio?

SEÑORA SOLNESS.—Sí; eso debía hacer en realidad. *(Sigue regando las flores.)*

SOLNESS.—*(Inclinado sobre los dibujos.)* ¿Duerme todavía?

SEÑORA SOLNESS.—*(Mirándole.)* ¿Es a la señorita Wangel a quien te refieres?

SOLNESS.—*(Indiferente.)* Se me ocurrió casualmente preguntarlo.

SEÑORA SOLNESS.—La señorita Wangel se ha levantado hace ya mucho tiempo.

SOLNESS.—¿Sí?

SEÑORA SOLNESS.—Cuando yo entré en su cuarto estaba ocupada en repasar sus ropas. *(Se coloca ante el espejo y se pone el sombrero.)*

SOLNESS.—*(Tras una pausa corta.)* ¿De modo que hemos utilizado uno de los cuartos de los chicos?

SEÑORA SOLNESS.—Así parece.

SOLNESS.—Siempre es mejor eso que no verlo todo vacío.

SEÑORA SOLNESS.—Este vacío es horrible. En eso tienes razón.

SOLNESS.—*(Cierra la carpeta, se levanta y se aproxima a ella.)* Ya verás, Alina, cómo lo pasamos mejor en adelante. La vida será más fácil. Especialmente para ti.

SEÑORA SOLNESS.—*(Mirándole.)* ¿En adelante?

SOLNESS.—Sí; créeme, Alina…

SEÑORA SOLNESS.—Quieres decir… ¿que porque ella ha venido?

SOLNESS.—*(Dominándose.)* ¡Naturalmente!; quiero decir, cuando nos hayamos mudado a la nueva casa.

SEÑORA SOLNESS.—*(Cogiendo su abrigo.)* ¿Lo crees así, Halvard? ¿Crees que entonces será mejor?

SOLNESS.—No puedo pensar que sea de otro modo. ¿Es que no lo crees tú también?

SEÑORA SOLNESS.—No espero nada de la nueva casa.

SOLNESS.—Eso no es muy agradable para mí. Porque el haberla construido fue principalmente por ti. *(Quiere ayudarla a ponerse el abrigo.)*

SEÑORA SOLNESS.—*(Rechazando su ayuda.)* Haces demasiado por mí.

SOLNESS.—*(Con cierta violencia.)* ¡No, no; no digas eso! ¡No puedo oírte decir esas cosas!

SEÑORA SOLNESS.—No te incomodes. No te diré más.

SOLNESS.—Pero sigo creyendo lo mismo. Ya verás qué bien te encuentras en la nueva casa.

SEÑORA SOLNESS.—¡Oh, Dios!… ¡Encontrarme bien yo!

SOLNESS.—¡Ya verás, ya verás! Tenlo por seguro. Porque allí… allí… habrá muchas cosas que te recordarán tu antigua casa.

SEÑORA SOLNESS.—¿La casa en que vivieron mis padres… y la que después quemó…, en la que todo quemó?

SOLNESS.—Sí, sí, pobre Alina. Fue un golpe muy duro para ti.

SEÑORA SOLNESS.—*(Lamentándose.)* ¡Puedes construir cuanto quieras, Halvard! ¡Un verdadero hogar nunca podrás levantarlo!

SOLNESS.—*(Recorriendo la habitación.)* Bien; entonces, no volvamos a hablar más de esto.

SEÑORA SOLNESS.—Tampoco acostumbramos a hablar de ello. Pues tú no haces más que apartarlo de ti.

SOLNESS.—¿Yo? ¿Y por qué iba yo a hacer eso?

SEÑORA SOLNESS.—¡Oh, ya te comprendo perfectamente, Halvard! Quisieras mimarme y disculparme. Quisieras hacer por mí… todo cuanto pudieras.

SOLNESS.—*(Mirándola asombrado.)* ¡A ti! ¡Disculparte a ti! ¡Hablas de ti misma, Alina!

SEÑORA SOLNESS.—Pero yo creo que, tratándose de eso, hay que hablar de mí…

SOLNESS.—*(Involuntariamente, como para sí.)* ¡Solo eso faltaba!

SEÑORA SOLNESS.—Pues con la antigua casa…, con ella podía ocurrir lo que Dios quisiera. ¡Oh, Dios mío…, si la desgracia llegaba, qué hacer!…

SOLNESS.—En eso tienes razón. Contra la desgracia nada se puede…, como la gente dice.

SEÑORA SOLNESS.—¡Pero lo espantoso que trajo consigo el incendio…! ¡Eso es! ¡Eso es!

SOLNESS.—*(Violentamente.)* ¡No pensar en ello, Alina!

SEÑORA SOLNESS.—Precisamente en eso tengo que pensar. Y también decirlo todo de una vez. ¡Porque no puedo soportarlo más! Y luego, no podré perdonarme nunca…

SOLNESS.—*(Asombrado.)* ¡No puedes perdonarte!…

SEÑORA SOLNESS.—Yo tenía deberes, así contigo como con los niños. Debía haberme hecho insensible. No debía haber dejado que el espanto me dominase, ni el pesar porque se me hubiera quemado la casa. *(Retorciéndose las manos.)* ¡Oh, si hubiera podido, Halvard!

SOLNESS.—*(Acercándose a ella, asustado; en voz baja.)* Alina, tienes que prometerme no abandonarte a tales pensamientos. ¡Prométemelo!

SEÑORA SOLNESS.—¡Oh, Dios mío! ¡Prometer, prometer!… ¡Prometer, puede prometerse cualquier cosa!…

SOLNESS.—*(Se retuerce las manos y pasea con agitación.)* ¡Esto es para desesperarse! ¡Que no hemos de ver nunca un rayo de sol! ¡Que no ha de entrar jamás un destello de luz en nuestro hogar!

SEÑORA SOLNESS.—Este no es un hogar, Halvard.

SOLNESS.—Sí, sí; eso es verdad, por desgracia. *(Melancólicamente.)* ¡Y quién sabe si tendrás razón al decir que en la nueva casa no va a ser mejor para nosotros!

SEÑORA SOLNESS.—No lo será nunca. El mismo vacío, la misma soledad allí como aquí.

SOLNESS.—*(Violentamente.)* Pero, entonces, ¿para qué hemos hecho la casa? ¿Puedes explicármelo?

SEÑORA SOLNESS.—No; a eso tienes que contestarte tú mismo.

SOLNESS.—*(Mirándola con expresión de desconfianza.)* ¿Qué quieres decir, Alina?

SEÑORA SOLNESS.—¿Qué quiero decir?

SOLNESS.—Sí, mujer; sí. Lo dices de una manera tan particular…, como si encerrase algún sentido oculto.

SEÑORA SOLNESS.—No. Puedo asegurarte…

SOLNESS.—*(Acercándose.)* No es necesario…; yo sé lo que sé. Y oigo y veo, Alina. De eso puedes estar segura.

SEÑORA SOLNESS.—¿Qué es lo que ves y oyes? ¿Qué?

SOLNESS.—*(Colocándose delante de ella.)* ¿No es verdad que das un sentido escondido a las palabras más inocentes que yo pueda decir?

SEÑORA SOLNESS.—¡Que yo…! ¿Hago yo eso?

SOLNESS.—*(Riéndose.)* ¡Oh, no tiene nada de particular, Alina! ¡Una mujer que, como tú, tiene que sufrir a un enfermo!…

SEÑORA SOLNESS.—*(Asustada.)* ¡Enfermo! ¿Estás enfermo, Halvard?

SOLNESS.—*(Saltando.)* ¡O un hombre medio desequilibrado! ¡Un loco! ¡Llámame como quieras!

SEÑORA SOLNESS.—*(Se apoya en la butaca y se sienta.)* ¡Halvard…, por el amor de Dios!…

SOLNESS.—Pues os equivocáis los dos, tú y el doctor. No me pasa nada de eso. *(Pasea arriba y abajo. La señora Solness le sigue, temerosa, con la vista. Solness yendo hacia ella tranquilamente.)* En el fondo no tengo absolutamente nada.

SEÑORA SOLNESS.—¿Verdad que no? ¿Pero qué te pasa, entonces?

SOLNESS.—La cosa es que a veces siento que me aniquila el peso espantoso de tantas deudas…

SEÑORA SOLNESS.—¿Deudas dices? ¡Si no debes nada a nadie, Halvard!

SOLNESS.—*(En voz baja, conmovido.)* Sí…, tengo una deuda inmensa… contigo, Alina.

SEÑORA SOLNESS.—*(Levantándose despacio.)* ¿Qué quieres decir con eso? Vale más que lo digas de una vez.

SOLNESS.—No quiero decir nada. Yo no te he hecho nunca mal alguno. Al menos que yo sepa. Y a pesar de eso, tengo la impresión de que una terrible deuda pesa sobre mí.

SEÑORA SOLNESS.—¿Una deuda para conmigo?

SOLNESS.—Principalmente para contigo.

SEÑORA SOLNESS.—Entonces, sí que estás… enfermo, Halvard.

SOLNESS.—*(Melancólicamente.)* Será eso, quizás. O algo semejante. *(Mirando hacia la puerta de la derecha, que se abre.)* ¡Oh! Ahora vuelve a haber aquí claridad.

HILDE.—*(Entra; ha cambiado un poco el vestido; ha bajado la falda.)* ¡Buenos días, maestro!

SOLNESS.—¿Se ha dormido bien?

HILDE.—¡Admirablemente! Como en una cuna. ¡Oh!, me he tumbado y me he estirado allí como…, como una princesa.

SOLNESS.—*(Sonriendo un poco.)* ¿De modo que está usted alegre y de buen humor?

HILDE.—¡Claro que sí!

SOLNESS.—¿También habrá usted soñado?

HILDE.—También; pero un sueño terrible.

SOLNESS.—¿De veras?

HILDE.—Soñé que caía de una peña enormemente alta. ¿No sueña usted cosas por el estilo?

SOLNESS.—Sí…, a veces…, cuando…

HILDE.—¡Oh, es terriblemente emocionante! Eso de caer y caer…

SOLNESS.—Es escalofriante, sí.

HILDE.—Cuando le pasa a usted, ¿no levanta usted las piernas?

SOLNESS.—Sí, todo cuanto puedo.

HILDE.—Yo también lo hago.

SEÑORA SOLNESS.—*(Cogiendo su sombrilla.)* Yo tengo que irme a la ciudad, Halvard. *(A Hilde.)* Y traeré algunas cosas de las que usted pueda necesitar.

HILDE.—*(Quiere arrojarse a su cuello.)* ¡Oh, querida señora Solness! ¡Es usted demasiado buena conmigo! ¡Tan buena!…

SEÑORA SOLNESS.—*(Rechazándola.)* De ningún modo. Es mi deber, sencillamente. Y por eso lo hago con gusto.

HILDE.—*(Desilusionada, haciendo un mohín con la boca.)* Además, yo creo que puedo salir perfectamente a la calle…, tan bien como me he arreglado; ¿o cree usted que no?

SEÑORA SOLNESS.—Hablando francamente, creo que la mirarían a usted un poco.

HILDE.—*(Despreciativamente.)* ¡Bah! ¿Nada más que eso? Eso me hace gracia.

SOLNESS.—*(Con mal humor que trata de disimular.)* Sí, tenga usted cuidado. Si no, la gente podría figurarse que estaba usted loca como yo.

HILDE.—¿Loca? ¿Tantos locos hay en la ciudad?

SOLNESS.—*(Apuntándose a la frente.)* Aquí tiene usted uno de ellos.

HILDE.—¿Usted, maestro?

SEÑORA SOLNESS.—¡Pero, querido Halvard!

SOLNESS.—¿Todavía no lo había notado usted?

HILDE.—No, no lo había notado. *(Piensa y se ríe un poquito.)* O, ¿quién sabe?…, en un punto puede ser.

SOLNESS.—¿Oyes, Alina?

SEÑORA SOLNESS.—¿Qué punto es ese, señorita Wangel?

HILDE.—No; no lo digo.

SOLNESS.—Dígalo usted.

HILDE.—¡Oh, no!; no estoy tan loca como todo eso.

SEÑORA SOLNESS.—Cuando estés a solas con la señorita Wangel, ya te lo dirá, Halvard.

SOLNESS.—¿De veras? ¿Crees…?

SEÑORA SOLNESS.—¡Uy, de fijo! ¿No la conoces desde hace mucho tiempo? Desde que era niña… decías tú. *(Se va por la puerta de la izquierda.)*

HILDE.—*(Tras una pausa corta.)* Su señora de usted…, ¿no le soy simpática, verdad?

SOLNESS.—¿Le ha parecido a usted notar algo de eso?

HILDE.—¿Es que no lo nota usted mismo?

SOLNESS.—*(Eludiendo la contestación.)* Alina se ha vuelto tan huraña estos últimos años…

HILDE.—¿También eso?

SOLNESS.—Pero si la conociese usted bien… ¡Es tan fiel y tan buena en el fondo!…

HILDE.—*(Impaciente.)* Pero si es todas esas cosas, ¿por qué habla siempre de deber?

SOLNESS.—¿De deber?

HILDE.—Acaba de decir que quería ir a la ciudad a comprar unas cosas para mí, porque ese era su deber. ¡Oh, no puedo resistir esa palabra tan fea y tan antipática!

SOLNESS.—¿Por qué no?

HILDE.—Suena de una manera fría, cortante… ¡Deber…, deber…, deber…! ¿No le parece eso a usted también? ¿No es como si le punzasen a una al oírla?

SOLNESS.—No sé; nunca se me ha ocurrido pensar en ello.

HILDE.—¡Sí, sí! Y si es tan buena… como usted cree…, ¿por qué dice eso?

SOLNESS.—¡Pero, señor, qué iba a decir!

HILDE.—Podía haber dicho que lo hacía porque me quería muchísimo. Podía haber dicho algo así. Algo amable y cordial.

SOLNESS.—*(Mirándola con fijeza.)* ¿De modo que así le gusta a usted?

HILDE.—Sí, de ese modo. *(Pasea por la habitación; se para ante el estante de libros y los mira.)* Tiene usted muchos libros.

SOLNESS.—Unos cuantos. He ido comprando poco a poco.

HILDE.—¿Lee usted en todos estos libros?

SOLNESS.—En otro tiempo lo intenté. ¿Lee usted?

HILDE.—¡Oh, no! Ahora ya no. Porque pierdo el hilo.

SOLNESS.—Lo mismo me ocurre a mí.

HILDE.—*(Sigue paseando por la habitación, se para delante de la mesa, abre la carpeta y hojea en ella.)* ¿Ha dibujado usted todo eso?

SOLNESS.—No; lo ha hecho un muchacho que está empleado en mi casa.

HILDE.—¿Uno que se ha formado con usted?

SOLNESS.—Sin duda que algo habrá aprendido de mí.

HILDE.—*(Se sienta.)* Entonces, valdrá mucho. *(Mira un momento uno de los dibujos.)* ¿No vale mucho?

SOLNESS.—No está mal. Para lo que yo lo necesito…

HILDE.—¡Sí, sí; vale muchísimo, de seguro.

SOLNESS.—¿Lo deduce usted de los dibujos esos?

HILDE.—¡Oh, qué me importa a mí eso! Pero si ha aprendido con usted…

SOLNESS.—¡Oh!; por lo que a eso toca…, hay muchos que han aprendido conmigo, y no por eso son gran cosa.

HILDE.—*(Mirándole y sacudiendo la cabeza.)* No comprendo cómo puede usted ser tan tonto.

SOLNESS.—¿Tonto? ¿Le parezco a usted muy tonto?

HILDE.—¡Claro que sí! Porque si enseña usted a todo el mundo…

SOLNESS.—¿Qué? ¿Por qué no habría de hacerlo?

HILDE.—*(Se levanta; medio en serio, medio riendo.)* ¡Oh, no, maestro! ¿Para qué va usted a hacer eso? Nadie había de poder construir más que usted, usted solo. Usted era el que debía hacerlo todo. Ahora ya lo sabe usted.

SOLNESS.—*(Involuntariamente.)* ¡Hilde!

HILDE.—¿Qué pasa?

SOLNESS.—¿Cómo ha podido ocurrírsele a usted esa idea?

HILDE.—¿Le parece a usted tan desatinada?

SOLNESS.—No es eso lo que pensaba. Pero ahora voy a contarle a usted una cosa.

HILDE.—Vamos a ver.

SOLNESS.—Vea usted, eso mismo me ha estado preocupando siempre…, en secreto y en soledad.

HILDE.—Y me parece que es bien natural.

SOLNESS.—*(Mirándola inquisitivamente.)* Y usted ya lo ha notado.

HILDE.—No, yo no he notado nada.

SOLNESS.—Pero, ¿y antes…, cuando usted decía que me tenía… por… desquiciado… solo en un punto?

HILDE.—¡Oh!, en eso me refería a otra cosa completamente distinta.

SOLNESS.—¿A qué se refería usted?

HILDE.—¿Qué le importa a usted saberlo, maestro?

SOLNESS.—*(Alejándose.)* Bueno; como usted quiera. *(Se para en la galería.)* Venga usted aquí, que quiero enseñarle una cosa.

HILDE.—*(Acercándose.)* ¿Qué?

SOLNESS.—¿Ve usted… allá en el jardín?…

HILDE.—Sí.

SOLNESS.—*(Señalando hacia fuera.)* ¿Allí, por sobre la cantera?…

HILDE.—¿La casa nueva aquella?

SOLNESS.—Sí; aquella que está construyéndose, casi terminada.

HILDE.—Me parece que tiene una torre muy alta.

SOLNESS.—Está todavía puesto el andamiaje.

HILDE.—¿Es su nueva casa?

SOLNESS.—Eso es.

HILDE.—¿La casa a la que quiere usted mudarse pronto?

SOLNESS.—Sí.

HILDE.—*(Mirándole.)* ¿Hay cuartos de niños en esa casa también?

SOLNESS.—Tres; lo mismo que aquí.

HILDE.—¿Y no hay niños?

SOLNESS.—No están destinados tampoco para ellos.

HILDE.—*(Sonriéndose a medias.)* ¿No tenía yo razón entonces?…

SOLNESS.—¿En qué?

HILDE.—En que usted está así…, un poco loco.

SOLNESS.—¿Era eso a lo que se refería usted?

HILDE.—Sí, a los cuartos de niños, vacíos. Como en el que yo dormí.

SOLNESS.—*(Con voz contenida.)* Alina y yo hemos tenido niños.

HILDE.—*(Le mira interesada.)* ¡Han tenido ustedes…!

SOLNESS.—Dos varones. Los dos…, de la misma edad.

HILDE.—¿De modo que eran gemelos?

SOLNESS.—Sí, gemelos. Hace unos once o doce años.

HILDE.—*(Con precaución.)* Y los dos…, ¿ya no tiene usted los gemelos?

SOLNESS.—*(Con emoción contenida.)* No duraron más que tres semanas. O puede ser que ni eso siquiera. *(Con expansión.)* ¡Oh, Hilde, qué bien me ha hecho usted con venir! Ahora tendré por fin alguien con quien hablar.

HILDE.—¿Es que no puede usted hacerlo… con ella?

SOLNESS.—De eso no. No como quiero y debo. *(Melancólicamente.)* Y tampoco de otras muchas cosas.

HILDE.—*(Contenidamente.)* ¿No era más que a eso a lo que se refería usted cuando decía que me necesitaba?

SOLNESS.—Eso era principalmente. Por lo menos, ayer. Porque hoy ya no sé bien… Sentémonos, Hilde. Siéntese usted en el sofá…, de manera que pueda ver usted el jardín. *(Hilde se sienta en la esquina del sofá. Solness, acercando una silla.)* ¿No le molestará a usted escucharme?

HILDE.—No; le escucho a usted con mucho, mucho gusto.

SOLNESS.—Entonces voy a contárselo todo.

HILDE.—Ahora les veo a usted y al jardín, maestro. Puede usted empezar a contar. ¡Pronto!

SOLNESS.—*(Señalando hacia la ventana de la galería.)* Allá, sobre aquella altura…, donde está ahora la casa nueva…

HILDE.—Sí.

SOLNESS.—Allí vivimos Alina y yo en los primeros años. Allá arriba había entonces una casa antigua que había pertenecido a su madre. Y nosotros la heredamos de ella, y con ella todo el jardín.

HILDE.—¿Tenía una torre también la casa antigua?

SOLNESS.—Nada de eso. Desde afuera parecía un cajón de madera grande, feo y oscuro. Pero por dentro era cómoda y agradable.

HILDE.—¿Entonces, derribó usted la casa?

SOLNESS.—No. Se quemó.

HILDE.—¿Entera?

SOLNESS.—Sí.

HILDE.—¿Fue una desgracia para usted ese incendio?

SOLNESS.—Según como se mire. Como constructor llegué a mi apogeo, gracias al incendio.

HILDE.—¿Pero…?

SOLNESS.—Los dos niños acababan de nacer…

HILDE.—¡Ah, sí, los pobres gemelos!

SOLNESS.—Vinieron al mundo fuertes y sanos. Y crecían de modo que podía notarse de día en día.

HILDE.—Los niños pequeños crecen mucho los primeros días.

SOLNESS.—Era el espectáculo más magnífico que puede suponerse, ver a Alina entre los dos. Pero en esto llegó la noche del incendio…

HILDE.—*(Con ansiedad.)* ¿Qué aconteció? Dígalo usted pronto. ¿Pereció alguien?

SOLNESS.—No, no. Se salvó todo el mundo…

HILDE.—Bien; pero… ¿y después?

SOLNESS.—El susto había impresionado tan terriblemente a Alina… El ruido del fuego…, la salida de la casa…, precipitadamente…, y luego en el frío tremendo de la noche… Porque hubo que sacarlos tal como estaban en la cama. A ella y a los niños.

HILDE.—¿Y no lo resistieron?

SOLNESS.—Sí; resistir, lo resistieron. Pero a consecuencia de todo esto, a Alina le entró fiebre, y se comunicó a la leche. Ella había querido a todo trance criar a los niños, porque decía que era su deber. Y nuestros dos hijitos… *(Retorciéndose las manos.)*, los niños…, ¡oh!

HILDE.—¿No lo resistieron?

SOLNESS.—No, no lo resistieron. Eso fue lo que nos los arrebató.

HILDE.—Ha debido de ser un golpe terrible para usted.

SOLNESS.—Sí, bastante. Pero diez veces más terrible para Alina. *(Cerrando los puños con furor contenido.)* ¡Oh, que ocurran tales cosas en el mundo! Desde el día que los perdí, construyo de mala gana iglesias.

HILDE.—¿Tampoco construyó usted de buena gana el campanario aquel allá arriba?

SOLNESS.—De buena gana, no. Recuerdo todavía qué contento y alegre estuve el día que se terminó.

HILDE.—Eso también lo recuerdo yo.

SOLNESS.—¡Y ahora no construyo jamás…, jamás, cosas de esas; ni iglesias ni campanarios!

HILDE.—*(Asiente lentamente.)* Tan solo casas donde puedan habitar gentes.

SOLNESS.—Viviendas para los hombres, Hilde.

HILDE.—Pero viviendas con altas torres y flechas.

SOLNESS.—Eso mejor que nada. *(En un tono más ligero.)* Pues, ya ve usted. Como he dicho, gracias al incendio fue como subí. Es decir, como constructor.

HILDE.—¿Por qué no se llama usted arquitecto como los otros?

SOLNESS.—No he aprendido bastante para eso. Lo que sé me lo debo, en su mayor parte, a mí mismo.

HILDE.—Pero eso no impidió que llegase usted al primer puesto, maestro.

SOLNESS.—Sí, después del incendio. Dividí casi todo el jardín en solares para hoteles, y en ellos pude construir a mi arbitrio y según mi gusto. Y así subí enseguida.

HILDE.—*(Mirándole inquisitivamente.)* Usted es un hombre dichoso sin duda. Con lo bien que le ha ido…

SOLNESS.—*(Sombríamente.)* ¿Dichoso? ¿También usted dice eso? Como los demás.

HILDE.—A mí se me figura que debe usted de serlo. Si pudiera usted dejar de pensar en los dos niños…

SOLNESS.—*(Lentamente.)* Los dos niños… No es fácil libertarse de ellos, Hilde.

HILDE.—*(Con alguna inseguridad.)* ¿Siguen siendo realmente un obstáculo tan grande? ¿Después de tanto…, tanto tiempo?

SOLNESS.—*(Mirándola fijamente sin contestar.)* Decía usted que un hombre dichoso…

HILDE.—Sí. ¿Pero es que no lo es usted… en lo demás?

SOLNESS.—*(Mirándola fijamente.)* Al contarle yo la historia del incendio…, ¡hum!…

HILDE.—¿Qué?

SOLNESS.—¿No se le ocurrió a usted una idea…, una idea que se apoderó de usted de un modo particular?

HILDE.—*(Recordando en vano.)* No. ¿Qué idea iba a ser?

SOLNESS.—*(Con insistencia contenida.)* Solo gracias al incendio llegué a poder construir viviendas para hombres. Viviendas cómodas, claras, íntimas, donde el padre y la madre y los hijos pudiesen vivir con el sentimiento seguro y risueño de que el estar en este mundo es una gran dicha. Y con la

mayor felicidad del mundo el pertenecerse los unos a los otros…, en las cosas grandes como en las pequeñas.

HILDE.—*(Vivamente.)* ¡Claro que sí! ¿Pero no es una dicha para usted poder edificar semejantes viviendas?

SOLNESS.—El precio, Hilde. El precio terrible que tuve que pagar para llegar a eso.

HILDE.—¿No podrá usted olvidarlo?

SOLNESS.—Nunca. Para poder llegar a construir viviendas para otros, tuve que renunciar…, renunciar para siempre a tener un hogar propio. Un hogar para los niños. Y también para el padre y la madre.

HILDE.—*(Con precaución.)* ¿Pero era eso preciso? ¿Para siempre dice usted?

SOLNESS.—*(Asintiendo lentamente.)* Ese fue el precio de la dicha de que tanto hablan. *(Respirando fuertemente.)* ¡Oh, la dicha…, sí, sí…, la dicha no pude adquirirla más barata, Hilde!

HILDE.—*(En el mismo tono de antes.)* ¿Pero no puede remediarse todavía?

SOLNESS.—Nunca; jamás. Esa es otra consecuencia del incendio, y de la enfermedad de Alina.

HILDE.—*(Mirándole con una expresión indecisa.)* Y a pesar de todo sigue usted haciendo cuartos para los niños…

SOLNESS.—*(Seriamente.)* ¿No ha notado usted, Hilde, que lo imposible… le atrae y le llama a uno?

HILDE.—*(Reflexionando.)* ¿Lo imposible? *(Vivamente.)* ¡Claro que sí! ¿También a usted le pasa eso?

SOLNESS.—Sí; también a mí me pasa.

HILDE.—Entonces, en usted hay también algo así de… espíritu maligno.

SOLNESS.—¿Por qué precisamente espíritu maligno?

HILDE.—¡Bueno! ¿Cómo quiere usted que lo llame?

SOLNESS.—*(Poniéndose en pie.)* Es posible que tenga usted razón. *(Violentamente.)* ¡Pero qué voy a hacer… con lo que me pasa eternamente y en todo! ¡En todo!

HILDE.—¿Qué quiere usted decir?

SOLNESS.—*(A media voz, con emoción interior.)* Ponga usted atención a lo que le digo, Hilde. Todo lo que yo he podido hacer, construir, crear; todo lo hermoso, íntimo…, sublime también… ¡Oh, es espantoso pensar…!

HILDE.—¿Qué es lo que es espantoso?

SOLNESS.—Pensar que todo eso tenga que equilibrarse incesantemente. Que todo eso tenga que pagarse. No en dinero, pero sí con dicha humana. Y no solo con mi dicha, sino también con la dicha de otros. ¡Ahí lo tiene usted, Hilde! Mi puesto de artista me ha costado ese precio…; a mí y a otros. Y día por día tengo que ver cómo se paga de nuevo el precio por mí. ¡Día por día… y siempre, y siempre!

HILDE.—*(Levantándose y mirándole fijamente.)* En este momento piensa usted, de seguro…, en ella.

SOLNESS.—Sí. Principalmente en Alina. Pues Alina…, Alina tenía otra misión en la vida. Del mismo modo que yo la mía. *(Con voz temblorosa.)* Pero su misión tuvo que ser fracasada, destrozada, deshecha…, para que yo pudiera llegar a…, a lo que parece que ha sido una gran victoria. Pues debe usted saberlo. También Alina tenía disposición para construir.

HILDE.—¿Ella? ¿Para construir?

SOLNESS.—*(Moviendo la cabeza.)* No casas y torres y flechas; nada de lo que yo hago.

HILDE.—¿Qué entonces?

SOLNESS.—*(Tiernamente y conmovido.)* Construir almitas de niños, Hilde. Construir almitas de niños, de manera que crezcan en equilibrio y con bellas formas nobles. De manera que se conviertan en fuertes y grandes almas de hombres. Para eso era para lo que Alina tenía disposición. Y todo eso ahí queda perdido. Sin haberse nunca utilizado… e inútil para siempre. Y sin poder aprovecharse en lo más mínimo. Exactamente como los escombros de un incendio.

HILDE.—Bien… Pero aunque fuera así…

SOLNESS.—Lo es. Sí que lo es. Lo sé yo.

HILDE.—Perfectamente; pero por lo menos usted no tiene culpa de ello.

SOLNESS.—*(La mira y mueve lentamente la cabeza.)* ¡Oh!, esa es precisamente la cuestión terrible. Esa es la duda que me atormenta…, que me atormenta noche y día.

HILDE.—¿Eso?

SOLNESS.—Sí. Supóngase usted que yo tuviera la culpa de ello. Por lo menos en cierto grado.

HILDE.—¡Usted! ¡Del incendio!

SOLNESS.—De todo… De todo ello en conjunto. Y luego, quizás, a pesar de todo…, completamente inocente.

HILDE.—*(Mirándole preocupada.)* Maestro, si puede usted decir cosas semejantes…, entonces… está usted enfermo.

SOLNESS.—¡Ya, ya!… Y seguramente que en ese punto no me curaré completamente en toda mi vida.

(Ragnar abre con precaución la puertecita de la esquina de la izquierda. Hilde da algunos pasos.)

RAGNAR.—*(Reparando en Hilde.)* ¡Oh!, perdone usted, señor Solness… *(Quiere retirarse.)*

SOLNESS.—No; quédese usted.

RAGNAR.—Me quedaré.

SOLNESS.—He oído que su padre no va mejor.

RAGNAR.—Mi padre se acaba pronto. Y por eso le ruego a usted… ¡escriba usted un par de buenas palabras en una de las hojas! Algo que papá pueda leer antes de…

SOLNESS.—*(Violentamente.)* ¡No me hable usted de sus dibujos!

RAGNAR.—¿Los ha visto usted?

SOLNESS.—Sí; los he visto.

RAGNAR.—¿Y no sirven? ¿Y yo no sirvo tampoco?

SOLNESS.—*(Eludiendo la contestación.)* Quédese usted en mi casa, Ragnar. Tendrá usted todo lo que quiera. Y luego puede usted casarse con Kaja, vivir sin preocupaciones… y acaso dichoso… Pero no piense usted en construir por su cuenta.

RAGNAR.—Bien. Entonces tendré que irme a casa y decirle eso a papá. Porque así se lo prometí… ¿Voy a decirle eso… antes de morir?

SOLNESS.—*(Luchando consigo mismo.)* ¡Oh!, dígale usted… Por mí puede usted decirle lo que quiera. Lo mejor sería que no le dijese usted nada. ¡Yo no puedo obrar de otra manera de como lo hago, Ragnar!

RAGNAR.—¿Entonces puedo llevarme los dibujos?

SOLNESS.—Sí; lléveselos usted, lléveselos. Allí, sobre la mesa están.

RAGNAR.—*(Yendo hacia allá.)* ¿De modo que soy libre?

HILDE.—*(Poniendo la mano sobre las carpetas.)* No, no déjelos usted estar.

SOLNESS.—¿Para qué?

HILDE.—Quiero mirarlos yo también.

SOLNESS.—Pero si usted ya los ha… *(A Ragnar.)* Bien; déjelos usted, pues.

RAGNAR.—Con mucho gusto.

SOLNESS.—Y váyase usted enseguida a ver a su padre.

RAGNAR.—Sí; tengo que ir allá.

SOLNESS.—*(Como desesperado.)* Ragnar. ¡No me pida usted que haga lo que no puedo! ¿Lo oye usted, Ragnar? ¡Eso no puede usted pretenderlo!

RAGNAR.—No, no. Perdone usted. *(Se inclina y sale por la puerta de la esquina.)*

HILDE.—*(Colérica.)* ¡Eso que ha hecho usted es muy antipático!

SOLNESS.—¿También usted lo cree?

HILDE.—Sí; terriblemente antipático. Y duro, y malo, y cruel.

SOLNESS.—¡Oh!, no comprende usted lo que pasa por mí.

HILDE.—No, no; usted no debía ser así.

SOLNESS.—Pero si usted misma acaba de decir que yo era el único que debería hacer construcciones.

HILDE.—Yo puedo decirlo. Pero usted, no.

SOLNESS.—Me parece que yo antes que nadie. Bien caro me ha costado mi puesto.

HILDE.—¡Vaya, vaya! Con lo que usted llama comodidad doméstica… y cosas semejantes.

SOLNESS.—Y además con la paz de mi alma.

HILDE.—*(Levantándose.)* ¡La paz de su alma! *(Conmovida.)* ¡Oh, sí!; en eso tiene usted razón. ¡Pobre maestro!… Usted se imagina que…

SOLNESS.—*(Con una sonrisa serena.)* Vuelva usted a sentarse, Hilde. Voy a contarle una cosa divertida.

HILDE.—*(Interesada, sentándose.)* Vamos a ver.

SOLNESS.—Parece una cosa pequeña y ridícula. Pues toda la historia gira alrededor de una grieta en una chimenea.

HILDE.—¿Nada más que eso?

SOLNESS.—Al principio, nada más. *(Acerca una silla a la de Hilde y se sienta.)*

HILDE.—*(Impaciente, golpeándose sobre la rodilla.)* ¡De modo que una grieta en la chimenea!

SOLNESS.—Yo la había visto mucho tiempo antes de que estallase el fuego. Cada vez que subía arriba al desván miraba a ver si continuaba todavía.

HILDE.—¿Y seguía allí?

SOLNESS.—Sí. Porque nadie tenía noticia de su existencia.

HILDE.—¿Y usted no decía nada?

SOLNESS.—Absolutamente nada.

HILDE.—¿No se le ocurrió tampoco arreglar la chimenea?

SOLNESS.—Sí que se me ocurrió…, pero no lo hice. Cada vez que quería ponerme a ello me parecía como si una mano se interpusiese para impedirlo. Hoy no, pensaba. Mañana. Pero nunca llegué a hacerlo.

HILDE.—Pero ¿por qué esa inacción?

SOLNESS.—Porque me pasaban muchas ideas por la cabeza. *(Lentamente y a media voz.)* Por medio de aquella grieta negra de la chimenea, acaso, pudiera yo subir… como constructor.

HILDE.—*(Pensativa.)* Debía ser emocionante.

SOLNESS.—Irresistible casi. Completamente irresistible. Pues en aquel entonces me parecía todo muy sencillo y muy fácil. Quería que la cosa ocurriese en medio del invierno. Un poco antes del mediodía. Yo estaría fuera y Alina habría ido a pasear en el trineo. Los criados habrían calentado mucho.

HILDE.—¡Claro!; porque en aquellos días estaría terriblemente frío.

SOLNESS.—Sí; un frío cortante. Y, naturalmente, los criados querían que Alina encontrase, al volver, la casa agradable y caliente.

HILDE.—Porque de seguro ella es friolera.

SOLNESS.—Sí que lo es. Y luego, al volver a casa, veríamos el humo.

HILDE.—¿Solo el humo?

SOLNESS.—Primero, el humo. Pero al llegar nosotros a la puerta del jardín veríamos la vieja casa de madera envuelta en llamas. Así quería yo que pasase la cosa.

HILDE.—¡Oh, Dios mío! ¡Que no haya venido así!

SOLNESS.—Sí; eso puede usted decirlo, Hilde.

HILDE.—Pero oiga usted una cosa, maestro: ¿está usted completamente seguro de que el fuego salió de esa grieta de la chimenea?

SOLNESS.—Al contrario; tengo la seguridad plena de que la grieta de la chimenea no tuvo nada que ver con el fuego.

HILDE.—¡Cómo!

SOLNESS.—Se comprobó de un modo inconcuso que el fuego había estallado en un guardarropa, en otra parte de la casa.

HILDE.—Pero, entonces, ¿por qué habla usted de esa grieta de la chimenea?

SOLNESS.—¿Me permite usted que hable un poco con usted todavía, Hilde?

HILDE.—Si habla usted razonablemente, sí.

SOLNESS.—Procuraré hacerlo. *(Acerca la silla.)*

HILDE.—Pues hable usted, maestro.

SOLNESS.—*(Con intimidad.)* ¿No cree usted, también, Hilde, que hay algunos pocos hombres escogidos, a quienes les ha sido concedida la gracia, el poder y la facultad de desear una cosa, de apetecerla, de quererla… con tal constancia y con tal… empeño…, que al cabo tienen que obtenerla? ¿No lo cree usted?

HILDE.—*(Con una expresión indeterminada en los ojos.)* Si eso es así, ya veremos si yo pertenezco a los escogidos.

SOLNESS.—Solo no puede uno hacer tan grandes cosas. ¡Oh, no!… Los auxiliares y servidores tienen que ayudar si es que ha de lograrse. Pero nunca vienen por sí mismos. Hay que tener constancia para evocarlos. Interiormente, ¿comprende usted?

HILDE.—¿Qué auxiliares y qué servidores son esos?

SOLNESS.—De eso hablaremos otro día. Ahora trataremos de esta historia del incendio.

HILDE.—¿No cree usted que el incendio habría venido lo mismo aunque usted no lo hubiera deseado?

SOLNESS.—Si la casa hubiera pertenecido al viejo Knut Brovik, no se hubiese quemado tan oportunamente. De eso estoy seguro. Porque no sabe llamar a los auxiliares. Y a los servidores tampoco. *(Intranquilo; levantándose.)* Ya ve usted, Hilde, yo soy el culpable de que los dos niños hayan perdido la vida. ¿Y no soy también culpable de que Alina no haya llegado a ser lo que debía y podía haber sido y lo que ella hubiera preferido ser?

HILDE.—Pero si son los auxiliares y los servidores los que… en ese caso…

SOLNESS.—¿Y quién llamó a los auxiliares y servidores? ¡Yo los llamé! Y por eso vinieron y se sometieron a mi voluntad. *(Con creciente excitación.)* A eso es a lo que la gente llama «tener suerte». ¡Y voy a decirle a usted cómo se siente esa suerte! Se siente como una gran herida, desnuda de piel, aquí, en el pecho. ¡Y los auxiliares y servidores toman trozos de piel de otros hombres para cerrar mi herida! Pero la herida no se cura. ¡No se curará nunca!… ¡Jamás! ¡Oh, si usted supiera cómo duele y cómo quema a veces!

HILDE.—*(Mirándole fijamente.)* Usted está enfermo, maestro. Gravemente enfermo, me parece casi…

SOLNESS.—Diga usted loco, que es lo que piensa.

HILDE.—No; en el entendimiento no creo tenga usted nada.

SOLNESS.—¿Dónde entonces? ¡Dígalo usted!

HILDE.—¿No será que haya venido usted al mundo con una conciencia enfermiza?

SOLNESS.—¿Con una conciencia enfermiza? ¿Qué diablos es eso?

HILDE.—Quiero decir, que su conciencia es muy débil. Así…, demasiado delicada… Que no resiste el menor golpe… Que no puede levantar ni llevar cosas pesadas.

SOLNESS.—*(Hosco.)* ¡Hum!… ¿Puedo preguntarle a usted cómo debe de ser la conciencia?

HILDE.—En usted yo preferiría que la conciencia fuese así…, muy robusta.

SOLNESS.—¡Conque sí! ¿Robusta? ¡Vaya! ¿Tiene usted acaso una conciencia robusta?

HILDE.—Creo que sí. Por lo menos, no he notado que no lo fuera.

SOLNESS.—Tampoco la habrá puesto usted mucho a prueba, me figuro.

HILDE.—*(Haciendo un mohín con la boca.)* El marcharme de con mi padre, a quien quiero enormemente, no era cosa tan fácil.

SOLNESS.—¡Vaya una cosa! Por uno o dos meses…

HILDE.—No volveré jamás a mi casa.

SOLNESS.—¿Jamás? ¿Pero por qué se marchó usted?

HILDE.—*(Medio en serio, medio bromeando.)* ¿Ha olvidado usted otra vez que los diez años han pasado ya?

SOLNESS.—¡Eso es absurdo! ¿Le ha ocurrido algo en su casa? ¿Eh?

HILDE.—*(Con seriedad.)* Lo que me acicataba y me expulsaba era ese algo que vive en mi interior. Y lo que al mismo tiempo me seducía y me atraía.

SOLNESS.—*(Vivamente.)* ¡Ahí está! ¡Ahí está, Hilde! También en usted vive un espíritu maligno. Como en mí. Porque él es el que…, él es el que evoca los poderes. Y hay que ceder…, quiérase o no se quiera.

HILDE.—Casi creo que tiene usted razón, maestro.

SOLNESS.—*(Paseando por la habitación.)* Hilde, en el mundo hay tantísimos diablillos que uno no ve…

HILDE.—¿También diablillos?

SOLNESS.—*(Parándose.)* Diablillos buenos y diablillos malos. Diablillos rubios y morenos. ¡Si uno supiera quién manda en su interior, si los rubios o los morenos! *(Vuelve a pasear.)* ¡Entonces la cosa sería muy sencilla!

HILDE.—*(Siguiéndole con la vista.)* O si se tuviera una conciencia fuerte, llena de salud. Tal que se atreviese uno a hacer lo que prefiriese.

SOLNESS.—*(Parándose en la consola.)* Yo creo que la mayor parte son en este punto tan débiles como yo mismo.

HILDE.—Puede ser.

SOLNESS.—*(Apoyándose en la mesa.)* En los libros de leyendas… ¿Ha leído usted los antiguos libros de leyendas?

HILDE.—¡Claro que sí! En los tiempos en que leía libros…

SOLNESS.—En los libros de leyendas se habla de los *Wikinger*, los guerreros que se hacían a la vela hacia países extranjeros y saqueaban y quemaban casas y mataban hombres…

HILDE.—Y robaban mujeres…

SOLNESS.—Y las guardaban consigo…

HILDE.—Y se las llevaban a sus casas en los barcos…

SOLNESS.—Y procedían con ellas como…, como los peores espíritus.

HILDE.—*(Con la mirada velada, perdida a lo lejos.)* ¡Qué emocionante debía ser eso!

SOLNESS.—*(Riéndose.)* ¿Robar mujeres? ¡Ya lo creo!

HILDE.—Ser robada.

SOLNESS.—*(Mirándola un momento.)* ¡Ah!

HILDE.—*(Cortando.)* ¿Pero adónde quería usted ir a parar con eso de los *Wikinger*, maestro?

SOLNESS.—¡Esas gentes tenían una conciencia robusta! Cuando volvían a sus casas podían comer y beber como si no hubiera ocurrido nada. Y eran alegres como niños. ¡Y las mujeres! A veces no querían separarse de ellos. ¿Puede usted entender semejante cosa, Hilde?

HILDE.—Lo de las mujeres lo comprendo perfectamente.

SOLNESS.—¿De veras? ¿Podía usted también obrar de ese modo?

HILDE.—¿Por qué no?

SOLNESS.—¿Con semejante raptor… podría usted vivir… voluntariamente?

HILDE.—Si le hubiera tomado cariño al raptor, en ese caso…

SOLNESS.—¿Podría usted tomar cariño a un hombre semejante?

HILDE.—¡Oh, Dios mío! No depende de una a quién se ha de querer.

SOLNESS.—*(Mirándola pensativo.)* No; eso lo decide el espíritu maligno que vive en nosotros.

HILDE.—*(Con una media sonrisa.)* Y luego, todos esos diablillos maravillosos que usted tan bien conoce. Así los rubios como los morenos.

SOLNESS.—*(Con ternura, a media voz.)* Entonces la deseo a usted que los diablillos la deparen una buena elección, Hilde.

HILDE.—Para mí ya han elegido. Una vez para siempre.

SOLNESS.—*(Mirándola profundamente.)* Hilde, usted es como un pájaro silvestre.

HILDE.—Nada de eso… Yo no me escondo en la espesura.

SOLNESS.—No; eso no lo hace usted. Más bien se parece usted a un ave de rapiña.

HILDE.—Más bien eso, acaso. *(Con viveza.)* ¿Y por qué no un ave de rapiña? ¿Por qué no había de salir yo también en busca de presa?… Agarrar la presa que deseo… Con tal de poder sujetarla con mis garras… Y dominarla.

SOLNESS.—Hilde… ¿Sabe usted lo que es usted?

HILDE.—Sí; seguramente algún pájaro singular.

SOLNESS.—No; usted es como un amanecer. Cuando la miro a usted es como si contemplase una salida de sol.

HILDE.—Diga usted, maestro. ¿Está usted seguro de que no me ha llamado usted? ¿Así interiormente?

SOLNESS.—*(En voz baja y lentamente.)* Casi creo que he debido de hacerlo.

HILDE.—¿Qué me quería usted, maestro?

SOLNESS.—Usted es la juventud, Hilde.

HILDE.—*(Sonriendo.)* La juventud de la que usted tal miedo tiene.

SOLNESS.—*(Mueve lentamente la cabeza.)* Y que a pesar de eso deseo en el fondo con tal ímpetu.

HILDE.—*(Se levanta, se va a la mesa, coge los dibujos de Ragnar y le presenta la carpeta.)* De manera que los dibujos…

SOLNESS.—*(Secamente; rechazándolos.)* ¡Quite usted eso! Ya los he mirado bastante.

HILDE.—Debía usted escribir algo por él.

SOLNESS.—¡Escribir! En mi vida haré una cosa semejante.

HILDE.—¡Pero no ve usted que el pobre viejo se está muriendo! ¿No podría usted proporcionarles una alegría a él y a su hijo antes de que se separen? Y luego acaso podría construir con los dibujos.

SOLNESS.—¡Ya lo creo que podrá! Eso ya se lo habrá asegurado el… *monsieur*.

HILDE.—Pero, ¡Dios mío!, si es así, ¿no podría usted mentir un poquito?

SOLNESS.—¿Mentir? *(Colérico.)* ¡Hilde, váyase usted a paseo con sus dibujos del demonio!

HILDE.—*(Retirando un poco la carpeta.)* Bueno; no me querrá usted morder. Habla usted de espíritus malignos. Me parece que usted se comporta como uno de ellos. *(Mirando a su alrededor.)* ¿Dónde tiene usted pluma y tintero?

SOLNESS.—No hay ninguno en la habitación.

HILDE.—*(Queriendo salir.)* Pero donde está la señorita sí que hay…

SOLNESS.—¡Quédese usted donde está, Hilde! Decía usted que debía mentir. Bien; por su padre podría hacerlo. Porque en otro tiempo fue de los aplastados por mí. Le hice venirse abajo.

HILDE.—¿A ese también?

SOLNESS.—Necesitaba sitio para mí. Pero ese Ragnar…, ese no debe subir por nada en el mundo.

HILDE.—No lo conseguirá tampoco el pobre chico. Si no sirve…

SOLNESS.—*(Se acerca a ella, la mira y susurra.)* Si Ragnar sube tendré que caer yo. Me aplasta… como yo aplasté a su padre.

HILDE.—¿Qué le aplasta a usted? ¿Pero es que tiene condiciones?

SOLNESS.—Puede usted estar segura de que las tiene. Es la juventud que está disponiéndose a llamar a mi puerta. Y a acabar con el constructor Solness.

HILDE.—*(Mirándole con callado reproche.)* ¡Y siendo así quiere usted cerrarle el camino! ¡Maestro!

SOLNESS.—La lucha que he sostenido ha costado sangre bastante… Y además tengo miedo de que los auxiliares y servidores no me obedezcan

más.

HILDE.—Entonces tiene usted que intentarlo por su propio esfuerzo. No queda otro remedio.

SOLNESS.—Remedio no hay, Hilde. La catástrofe viene tarde o temprano. Porque las represalias son inevitables.

HILDE.—*(Con miedo; tapándose los oídos.)* ¡No hable usted así! ¿Quiere usted quitarme la vida? ¿Quitarme lo que es más que la vida?

SOLNESS.—¿Y qué es eso?

HILDE.—Verle a usted grande. Verle con una corona en la mano. Arriba, arriba, sobre un campanario. *(Volviendo a recobrar la tranquilidad.)* Bueno; y ahora venga el lápiz. Porque un lápiz sí lo tendrá usted.

SOLNESS.—*(Sacando la cartera.)* Aquí hay uno.

HILDE.—*(Poniendo la carpeta sobre la mesa del sofá.)* Muy bien. Ahora, maestro, vamos a sentarnos los dos. *(Solness se sienta a la mesa. Hilde se coloca detrás de él, inclinada sobre el respaldo de la butaca.)* Y ahora vamos a escribir algo sobre los dibujos. Algo amable, muy amable y efusivo. Para ese antipático Roal… o como se llame.

SOLNESS.—*(Escribe unas líneas, vuelve la cabeza y la mira.)* Quisiera saber una cosa, Hilde.

HILDE.—¿Qué cosa?

SOLNESS.—Si es verdad que me esperó usted diez años enteros…

HILDE.—¿Qué entonces?

SOLNESS.—¿Por qué no me escribió usted? Así hubiera podido contestarla.

HILDE.—*(Rápidamente.)* ¡No, no! Precisamente eso era lo que yo no quería.

SOLNESS.—¿Por qué no?

HILDE.—Porque temía que con ello se me echase todo a perder… Pero íbamos a escribir algo sobre los dibujos, maestro.

SOLNESS.—¡Claro que sí!

HILDE.—*(Se inclina hacia adelante y mira por encima de su hombro mientras él escribe.)* ¡Qué cordial, qué efusivo y qué bueno!… ¡Oh, cómo le odio…, cómo le odio a ese Roal!…

SOLNESS.—*(Escribiendo.)* ¿No ha querido usted nunca a nadie, Hilde?

HILDE.—*(Secamente.)* ¿Qué dice usted?

SOLNESS.—¿Si no ha querido usted a alguno?

HILDE.—¿A algún otro, quiere usted decir?

SOLNESS.—*(Levantando la vista hacia ella.)* A algún otro, sí. ¿No lo ha hecho usted? ¿En estos diez años? ¿Nunca?

HILDE.—¡Oh, sí!; de cuando en cuando. Cuando estaba muy enfadada con usted porque no venía.

SOLNESS.—¿Entonces querría usted también a otros?

HILDE.—Un poquitín. Una o dos semanas. ¡Oh, Dios mío! Maestro, usted ya sabe lo que pasa con esas cosas.

SOLNESS.—Hilde, ¿con qué intención ha venido usted?

HILDE.—Pero no pierda usted el tiempo en tanta conversación. Puede que el pobre viejo se esté ya muriendo.

SOLNESS.—Contésteme usted, Hilde. ¿Qué quiere usted de mí?

HILDE.—Quiero mi reino.

SOLNESS.—¡Hum!… *(Mira rápidamente hacia la puerta de la izquierda y sigue escribiendo. Al mismo tiempo aparece la señora Solness: trae en la mano algunos paquetes.)*

SEÑORA SOLNESS.—Aquí traigo algunas pequeñeces para usted, señorita Wangel. Los paquetes grandes los enviarán más tarde.

HILDE.—¡Oh, pero qué buena es usted!

SEÑORA SOLNESS.—No es más que mi deber. Nada más.

SOLNESS.—*(Relee lo que ha escrito.)* ¡Alina!

SEÑORA SOLNESS.—¿Qué?

SOLNESS.—¿Viste si estaba ella…, la tenedora de libros?

SEÑORA SOLNESS.—Sí; ¡claro que estaba!

SOLNESS.—*(Metiendo los dibujos en la carpeta.)* ¡Hum!…

SEÑORA SOLNESS.—Estaba en el pupitre…, como siempre que yo paso por la habitación.

SOLNESS.—*(Levantándose.)* Entonces voy a ir allá… Y a decirla que…

HILDE.—*(Quitándole la carpeta.)* ¡Oh, no!; déjeme usted la alegría de decírselo. *(Va hacia la puerta, pero de pronto se vuelve.)* ¿Cómo se llama?

SOLNESS.—Se llama señorita Fosli.

HILDE.—¡Oh!, eso suena muy fríamente. El nombre, quiero decir.

SOLNESS.—Kaja…, me parece.

HILDE.—*(Abre la puerta y llama.)* ¡Kaja!… Venga usted. ¡Aprisa! El maestro quiere hablar con usted… *(Kaja viene y queda parada en la puerta.)*

KAJA.—*(Mirándole tímidamente.)* Aquí me tiene usted…

HILDE.—*(Dándole la carpeta.)* Ahí tiene usted, Kaja. Puede usted llevársela. El maestro ha escrito ahí adentro.

KAJA.—Voy a llevarla enseguida a casa.

SOLNESS.—Hágalo usted. Y ahora ya puede Ragnar construir por su cuenta.

KAJA.—¡Oh! ¿Puede venir a darle a usted las gracias por todo lo que…?

SOLNESS.—*(Duramente.)* ¡Yo no necesito agradecimientos! Dígaselo usted de mi parte.

KAJA.—Sí, señor. Yo se lo…

SOLNESS.—Y al mismo tiempo dígale que ya no le necesito más en mi casa. Y a usted tampoco.

KAJA.—*(Bajo, con voz temblorosa.)* ¡A mí tampoco!

SOLNESS.—De aquí en adelante tendrá usted que cuidar de otras cosas. Y eso está en el orden. Bueno; ahora puede usted irse a casa con los dibujos, señorita Fosli. ¡Pronto! ¿Oye usted?

KAJA.—*(En el tono de antes.)* Muy bien, señor Solness. *(Se va.)*

SEÑORA SOLNESS.—¡Oh, Dios mío, qué ojos más maliciosos tiene!

SOLNESS.—¡Esa! ¡Pobrecita!

SEÑORA SOLNESS.—¡Oh…, a mí no me engañas, Halvard!… ¿De veras que los despides?

SOLNESS.—¡Claro que sí!

SEÑORA SOLNESS.—¿A ella también?

SOLNESS.—¿No lo querías tú así?

SEÑORA SOLNESS.—¡Pero que puedas pasarte sin ella!… Bueno; ya tendrás otra preparada, Halvard.

HILDE.—*(Alegremente.)* Sí; porque lo que es yo tampoco sirvo para estarme en el pupitre.

SOLNESS.—Bueno; déjalo estar, Alina… Ya se arreglará. Ahora no debemos pensar más que en mudarnos a la nueva casa lo más pronto posible. Esta tarde colocaremos arriba la corona *(A Hilde.)*; arriba, en la punta de la torre. ¿Qué dice usted a eso?

HILDE.—*(Le contempla fijamente con ojos fulgurantes.)* Será espantosamente hermoso verle a usted otra vez tan alto.

SOLNESS.—¡A mí!

SEÑORA SOLNESS.—¡Oh, Dios mío! Señorita Wangel, no se imagine usted tales cosas. ¡Mi marido!… ¡Con lo propenso que es al vértigo!

HILDE.—¡Al vértigo! ¡Oh, eso sí que no lo es!

SEÑORA SOLNESS.—¡Ya lo creo que lo es!

HILDE.—¡Pero si yo misma le he visto allá arriba, en la cima de un campanario muy alto!

SEÑORA SOLNESS.—Sí; he oído hablar de eso a la gente. Pero es completamente imposible…

SOLNESS.—*(Violentamente.)* Imposible…, imposible. ¡Bien! Pero, sin embargo, ¡es verdad que estuve allá arriba!

SEÑORA SOLNESS.—¿Cómo puedes decir eso, Halvard? Si no puedes ni siquiera mirar abajo desde el balcón del tercer piso. Si siempre has sido así.

SOLNESS.—Podría ocurrir que esta noche vieras cosas distintas.

SEÑORA SOLNESS.—*(Espantada.)* ¡No, no! ¡No quiera Dios que vea tales cosas! Voy a escribirle ahora mismo al doctor, para que te disuada de hacerlo.

SOLNESS.—¡Pero, Alina!

SEÑORA SOLNESS.—¡Sí, tienes que estar enfermo, Halvard! ¡No puede ser de otro modo! ¡Dios mío, Dios mío! *(Sale apresuradamente por la derecha.)*

HILDE.—*(Mirándole desconsolada.)* ¿Es verdad?

SOLNESS.—¿Que me da el vértigo?

HILDE.—¿Que mi maestro no se atreve a…, no puede subir a lo que él mismo ha construido?

SOLNESS.—¿Por ese lado ve usted la cosa?

HILDE.—Sí.

SOLNESS.—Me parece que no queda ya en mí repliegue alguno que esté seguro de usted.

HILDE.—*(Mirando hacia la ventana de la galería.)* De modo que allá arriba… En lo más alto…

SOLNESS.—*(Acercándose.)* Podía usted vivir en la última habitación de la torre… Allí podría usted estar como una princesa.

HILDE.—*(Con mezcla indistinta de serio y burla.)* Sí; eso me ha prometido usted.

SOLNESS.—¿Se lo he prometido de veras?

HILDE.—¡Maestro! Me dijo usted que haría de mí una princesa. Y que me daría un reino. Y luego me cogió usted… ¡Bueno; no quiero hablar más!

SOLNESS.—*(Con precaución.)* ¿Está usted segura de que no fue un sueño…, una imaginación que ha arraigado en usted?

HILDE.—*(Hosca.)* ¿Al fin va a resultar que no lo hizo usted?

SOLNESS.—Apenas si lo sé yo mismo. *(Más bajo.)* Pero una cosa sé ahora, y es que yo…

HILDE.—¿Qué usted? ¡Dígalo pronto! ¿Qué?

SOLNESS.—Que debía haberlo hecho.

HILDE.—*(Con confianza audaz.)* ¡Usted no ha sentido el vértigo jamás!

SOLNESS.—Esta tarde colocaremos allá arriba la corona…, princesa Hilde.

HILDE.—*(Con un gesto amargo.)* Sí; sobre su nuevo hogar.

SOLNESS.—Sobre la nueva casa. Que nunca será un hogar para mí. *(Se va por la puerta de la terraza.)*

HILDE.—*(Mira con los ojos velados a lo lejos y murmura algo; se oyen tan solo las palabras.)* Terriblemente emocionante…

Acto tercero

La terraza grande y ancha de la casa del constructor Solness. A la izquierda una parte de la casa con su salida a la terraza; a la derecha una verja. Por el lado estrecho de la terraza una escalera que conduce al jardín, que está más hondo. Por encima de la terraza, hacia la casa, se extienden las ramas de los grandes árboles viejos del jardín. A la derecha, por entre los árboles, se ve la nueva casa, en cuya torre está todavía puesto el andamio. Al fondo el jardín está cerrado por una vieja empalizada. Detrás de ella, una calle con casas bajas y ruinosas. En la terraza hay un banco a lo largo del muro de la casa y una mesa larga ante él; al otro lado de la mesa, una butaca y algunos taburetes. Todos los muebles son de paja. Cielo de atardecer con nubes iluminadas por el sol. La señora Solness, envuelta en un gran chal blanco, descansa en la butaca y mira fijamente hacia la derecha. Tras un momento, Hilde Wangel sube por la escalera del jardín; va vestida como en el acto anterior y tiene puesto su sombrerito; en el pecho un ramo de florecillas silvestres.

SEÑORA SOLNESS.—*(Volviendo un poco la cabeza.)* ¿Qué, ha andado usted por el jardín, señorita Wangel?

HILDE.—Sí, he estado viéndolo.

SEÑORA SOLNESS.—Ya veo que hasta flores ha encontrado usted…

HILDE.—¡Oh, hay muchas todavía!

SEÑORA SOLNESS.—¿De veras? ¿Tan tarde? Verdad es que como yo no bajo casi nunca…

HILDE.—*(Acercándose.)* ¿Cómo? ¿No corre usted todos los días al jardín?

SEÑORA SOLNESS.—*(Sonriéndose.)* Yo no «corro» a ninguna parte. Hace tiempo que no lo hago.

HILDE.—¿Pero no baja usted de cuando en cuando a ver toda esa hermosura?

SEÑORA SOLNESS.—¡Si viera usted! ¡Me resulta todo tan extraño! Casi temo volver a verlo.

HILDE.—¡Su propio jardín!

SEÑORA SOLNESS.—Me parece como si no fuera mío.

HILDE.—¡Oh, qué cosas dice usted!

SEÑORA SOLNESS.—No lo es, no lo es. No es el de otros tiempos: de cuando vivían mis padres. Es terrible cuanto ha desaparecido de él. Lo han destrozado… y han construido en él casas para gentes extrañas; gentes que no conozco y que pueden verme desde sus ventanas.

HILDE.—*(Con el rostro radiante.)* ¿Señora Solness?

SEÑORA SOLNESS.—¿Qué?

HILDE.—¿Puedo estar un ratito aquí con usted?

SEÑORA SOLNESS.—Con mucho gusto. Si a usted le agrada…

HILDE.—*(Arrastra un taburete hasta cerca de la butaca, y se sienta.)* ¡Oh! ¡Qué gusto estar aquí al sol… como un gato!

SEÑORA SOLNESS.—*(Poniéndola suavemente una mano sobre el hombro.)* Es muy amable de parte de usted el quedarse aquí conmigo. Yo creí que quería usted entrar a ver a mi marido.

HILDE.—¿Qué iba a hacer allí?

SEÑORA SOLNESS.—Ayudarle, pensaba yo.

HILDE.—¡Oh, no! Además, no está dentro. Está con los trabajadores. Tenía una cara tan fosca, que no me atreví a hablarle.

SEÑORA SOLNESS.—¡Oh, en el fondo si viera usted qué bueno y qué suave es!

HILDE.—¿Él?

SEÑORA SOLNESS.—Es que no le conoce usted bastante, señorita Wangel.

HILDE.—*(Mirándola con calor.)* ¿Está usted contenta de mudarse a la nueva casa?

SEÑORA SOLNESS.—Debía estarlo. Porque Halvard lo quiere así…

HILDE.—¡Oh, no; no por eso!

SEÑORA SOLNESS.—Sí, sí, señorita Wangel. Pues mi deber es someterme a él. Solo que a veces resulta difícil obligar a los sentimientos a obedecer.

HILDE.—Sí que tiene que ser difícil.

SEÑORA SOLNESS.—Puede usted estar segura. Si no se es mejor persona de lo que yo soy…

HILDE.—Si se ha sufrido tanto como usted ha sufrido…

SEÑORA SOLNESS.—¿Cómo sabe usted eso?

HILDE.—Su marido lo dice.

SEÑORA SOLNESS.—Conmigo habla muy rara vez de esas cosas… Sí; puede usted creérmelo, señorita Wangel, he sufrido bastante en este mundo.

HILDE.—*(La mira compasiva y mueve lentamente la cabeza.)* ¡Pobre señora Solness! ¡Primero el incendio!…

SEÑORA SOLNESS.—*(Suspirando.)* Sí. Allí perdí todo lo mío.

HILDE.—Y luego algo peor todavía.

SEÑORA SOLNESS.—*(Mirándola interrogativamente.)* ¿Todavía peor?

HILDE.—Lo peor de todo.

SEÑORA SOLNESS.—¿Qué quiere usted decir?

HILDE.—*(En voz baja.)* La pérdida de los niños.

SEÑORA SOLNESS.—¡Oh, eso! Pero, mire usted: eso ya es otra cosa. Esa fue una decisión de lo alto. Y siendo así, hay que someterse y dar gracias a Dios además.

HILDE.—¿Lo hace usted así?

SEÑORA SOLNESS.—No siempre, por desgracia. Ya sé que es mi deber. Pero, a pesar de eso, no puedo.

HILDE.—Me parece muy natural.

SEÑORA SOLNESS.—Y a veces me digo que fue un castigo justo…

HILDE.—¿Por qué?

SEÑORA SOLNESS.—Porque no tuve bastante resignación en la desgracia.

HILDE.—Pero yo no comprendo cómo…

SEÑORA SOLNESS.—¡Oh, no, señorita Wangel! No hablemos más de los niños. Por ellos no cabe más que alegrarse. Mejor que están no podrían estarlo. No. Las cosas pequeñas de la vida son las que le hacen a una daño hasta el fondo del alma. Perder todo lo que los demás apenas ven.

HILDE.—*(Posando el brazo sobre su rodilla y mirándola con viva compasión.)* Querida señora Solness…, cuénteme usted eso.

SEÑORA SOLNESS.—Si no son más que pequeñeces. Por ejemplo, se quemaron todos los retratos antiguos que había en las paredes. Y todos los trajes de seda que habían pertenecido a la familia desde Dios sabe el tiempo. Y… las puntillas de mi madre y de mi abuela… se quemaron todas y, ¡figúrese usted!, las alhajas… *(Tristemente.)* Y luego todas las muñecas.

HILDE.—¿Las muñecas?

SEÑORA SOLNESS.—*(Con la voz ahogada por las lágrimas.)* Tenía nueve muñecas que eran un encanto.

HILDE.—¿Y se quemaron también?

SEÑORA SOLNESS.—No quedó ninguna. ¡Oh, qué daño me hizo aquello!

HILDE.—¿Tenía usted guardadas las muñecas con que usted había jugado siendo pequeña?

SEÑORA SOLNESS.—Guardadas, no. Las muñecas y yo estábamos siempre juntas.

HILDE.—¿Después que usted era ya mayor?

SEÑORA SOLNESS.—Sí; largo tiempo después.

HILDE.—¿También después de su casamiento?

SEÑORA SOLNESS.—¡Oh, ya lo creo! Cuando él no estaba allí… Pero se quemaron las pobrecitas. Nadie pensó en salvarlas. ¡Oh, es una cosa muy triste! No se ría de mí por eso, señorita Wangel.

HILDE.—No me río de ningún modo.

SEÑORA SOLNESS.—A su manera eran también seres vivos. Yo las llevaba en mi corazón. Como niños pequeños no nacidos.

(El doctor Herdal, con el sombrero en la mano, aparece en la puerta de la terraza y ve a la señora Solness y a Hilde.)

HERDAL.—¿De manera que está usted ahí sentada al aire libre para coger un catarro, señora?

SEÑORA SOLNESS.—El aire es hoy tan dulce…

HERDAL.—No está mal. ¿Pero ocurre algo en la casa? He recibido una carta de usted…

SEÑORA SOLNESS.—*(Levantándose.)* Sí; ocurre algo sobre lo que tengo que hablar necesariamente con usted.

HERDAL.—Bien. Entonces, vámonos adentro. *(A Hilde.)* ¿También hoy con traje de montaña?

HILDE.—*(Poniéndose en pie alegremente.)* ¡Ya lo creo! ¡Con todo el aparato! Pero hoy no quiero subir arriba para romperme nada. Nosotros dos, doctor, nos quedamos tranquilamente abajo para contemplar la cosa.

HERDAL.—¿Qué es lo que vamos a contemplar?

SEÑORA SOLNESS.—*(En voz baja a Hilde.)* ¡Silencio, silencio! ¡Por Dios! Ahí viene. Trate usted de convencerlo de que no lo haga. Y seamos amigas, señorita Wangel. ¿No podríamos serlo?

HILDE.—*(Arrojándose violentamente a su cuello.)* ¡Oh, si pudiéramos!

SEÑORA SOLNESS.—*(Se suelta suavemente.)* Bien…; deje usted. ¡Ahí viene, doctor! Quisiera hablar con usted.

HERDAL.—¿Se trata de él?

SEÑORA SOLNESS.—Sí; de él se trata. Vámonos adentro.

(La señora Solness y el doctor entran en la casa. Al mismo tiempo, Solness sube por la escalera del jardín. Hilde tomando una expresión de seriedad.)

SOLNESS.—*(Arrojando una mirada a la puerta, que cierra lentamente.)* ¿No ha notado usted, Hilde, que tan pronto como yo llego se marcha?

HILDE.—Lo que he notado es que usted la asusta.

SOLNESS.—Es posible. Pero yo no tengo la culpa de eso. *(La mira atentamente.)* ¿Tiene usted frío, Hilde? Lo parece al menos.

HILDE.—Acabo de salir de una sepultura.

SOLNESS.—¿Qué quiere usted decir?

HILDE.—Que he sentido que me helaba, maestro.

SOLNESS.—*(Lentamente.)* Me parece que entiendo.

HILDE.—¿Por qué ha venido usted?

SOLNESS.—Vi desde allá abajo que estaba usted aquí.

HILDE.—¿Entonces la vio usted también a ella?

SOLNESS.—Sabía que había de marcharse tan pronto como yo llegase.

HILDE.—¿No le duele a usted el que le huya así?

SOLNESS.—Hasta cierto punto, lo siento como un alivio.

HILDE.—¿El no tenerla presente ante sus ojos?

SOLNESS.—Sí.

HILDE.—¿El no tener que estar viendo siempre cómo la afecta la historia de los niños?

SOLNESS.—Sí. Eso principalmente. *(Hilde, con las manos a la espalda, va hasta la barandilla, se inclina sobre ella y deja vagar su mirada por el jardín. Solness, tras una pausa corta.)* ¿Habló usted mucho tiempo con ella? *(Hilde sigue inmóvil, sin contestar.)* Si habló usted mucho tiempo con ella, pregunto. *(Hilde no contesta.)* ¿De qué la habló a usted, Hilde? *(Hilde*

sigue sin contestar.) ¡Pobre Alina! Habrá hablado de los pequeños, de seguro. *(Hilde es presa de un estremecimiento nervioso; luego hace con la cabeza movimientos afirmativos.)* Esa herida no se le cicatrizará nunca. Nunca. *(Aproximándose a Hilde.)* Pero está usted inmóvil como una estatua de sal. Lo mismo que ayer.

HILDE.—*(Se vuelve y le mira fijamente con los ojos muy abiertos.)* Me voy de aquí.

SOLNESS.—*(Vivamente.)* ¿Se va usted?

HILDE.—Sí.

SOLNESS.—¡Pero yo no puedo permitir eso!

HILDE.—¿Y qué es lo que voy a hacer aquí?

SOLNESS.—Basta con su presencia, Hilde.

HILDE.—*(Midiéndole con una mirada.)* No estaría mal. No creo que sirviese de nada mi presencia.

SOLNESS.—*(Involuntariamente.)* ¡Tanto mejor!

HILDE.—*(Violentamente.)* ¡Yo no puedo albergar propósitos malos contra una persona a quien conozco! No puedo quitarle lo que le pertenece.

SOLNESS.—¿Quién ha dicho semejante cosa?

HILDE.—*(Sin contestarle.)* A una desconocida… ¡Sí! Eso es otra cosa. A una a quien no hubiera visto en mi vida… ¡Pero a una a quien he conocido!… ¡No! ¡No! ¡Uf!…

SOLNESS.—Si yo no digo lo contrario…

HILDE.—¡Oh, maestro, sabe usted demasiado lo que pasaría! Y por eso me marcho.

SOLNESS.—¿Pero qué va a ser de mí cuando usted se vaya? ¿Para qué voy a vivir?

HILDE.—*(Con una expresión indeterminada en los ojos.)* Tiene usted sus deberes para con ella. Viva usted, pues, para esos deberes.

SOLNESS.—Es demasiado tarde. Estas potencias…, estos…, estos…

HILDE.—Demonios…

SOLNESS.—Sí; los demonios. ¡Y el espíritu maligno que hay en mí también le han quitado a Alina todo el calor de vida! *(Riendo desesperadamente.)* ¡Lo hacían por mi dicha! ¡Por mi dicha! *(Melancólicamente.)* Y ahora ella está muerta… por mi causa. Y yo, que estoy vivo, estoy encadenado a la muerta. *(Con terror, desconsolado.)* ¡Yo…, yo, que no puedo soportar una vida sin alegrías!

HILDE.—*(Se coloca al otro lado de la mesa y se sienta en el banco; apoya los codos en la mesa, y con la cabeza entre las manos, le mira fijamente.)* ¿Y qué es lo que va a construir usted ahora?

SOLNESS.—*(Moviendo la cabeza.)* No creo que vuelva a hacer nada que valga la pena.

HILDE.—¿Ya no va usted a hacer viviendas cómodas y dichosas para el padre y la madre y para los niños?

SOLNESS.—Quisiera saber si eso servirá de algo en adelante.

HILDE.—¡Pobre maestro! ¡Y ha trabajado diez años en eso…; ha dedicado usted a eso la vida…; tan solo a eso!

SOLNESS.—Tiene usted razón, Hilde.

HILDE.—*(Con fuego.)* ¡Pero qué estúpido me parece todo esto! ¡Qué estúpido!

SOLNESS.—¿Qué quiere usted decir?

HILDE.—¡El que uno no pueda tomar su propia felicidad! ¡Su propia vida! ¡Tan solo porque está alguien de por medio a quien se conoce!

SOLNESS.—Alguien de quien no puede prescindirse.

HILDE.—¡Quisiera saber si realmente no se puede! Pero… ¡Oh, si pudiera uno dormirse y olvidar! *(Extiende los brazos sobre la mesa, apoya el lado izquierdo de la cara sobre las manos y cierra los ojos.)*

SOLNESS.—*(Acercando la butaca a la mesa.)* ¿Tiene usted una vivienda cómoda y dichosa… allá arriba en casa de su padre?

HILDE.—*(Inmóvil, contesta como medio dormida.)* No tengo más que una jaula.

SOLNESS.—¿Y no quiere usted volver a ella?

HILDE.—El pájaro silvestre nunca quiere entrar en la jaula.

SOLNESS.—Prefiere volar por el aire libre…

HILDE.—*(En el mismo tono.)* En libertad mejor.

SOLNESS.—*(Posando en ella la mirada.)* ¡Oh, quién tuviera sangre de aventurero en las venas!

HILDE.—*(Con voz tranquila, abriendo los ojos, pero sin moverse.)* ¿Y qué más? Dígalo usted.

SOLNESS.—Una conciencia fuerte.

HILDE.—*(Se pone vivamente en pie; sus ojos han recobrado el fulgor de antes.)* ¡Ya sé qué va a ser lo primero que usted construya!

SOLNESS.—Entonces sabe usted más que yo, Hilde.

HILDE.—Sí; los constructores son tan tontos…

SOLNESS.—¿Y qué es lo que va a ser, Hilde?

HILDE.—*(Con una mueca.)* El palacio.

SOLNESS.—¿Qué palacio?

HILDE.—Mi palacio.

SOLNESS.—¿Ahora quiere usted un palacio?

HILDE.—¿Es que no me debe usted un reino?

SOLNESS.—Por lo menos, usted lo asegura así.

HILDE.—Bien. Quedamos en que me debe usted un reino. Ahora, yo creo que un reino requiere un palacio.

SOLNESS.—Sí; eso es lo que suele ocurrir.

HILDE.—¡Pues entonces, ya está usted haciéndomelo! ¡Enseguida!

SOLNESS.—*(Riendo.)* ¿Así, de pronto? ¿También eso?

HILDE.—¡Claro! Los diez años han pasado. Y yo no quiero esperar más. De manera que… ¡venga el palacio!

SOLNESS.—No es broma deberle a usted algo, Hilde.

HILDE.—Eso debió usted pensarlo antes. Ahora es ya tarde. De modo que *(Golpeando en la mesa)* ¡venga el palacio! ¡Mi palacio! ¡Ahora mismo lo quiero!

SOLNESS.—*(Con más seriedad, aproximándose a ella y apoyando las manos en la mesa.)* ¿Cómo se figura usted el palacio, Hilde?

HILDE.—*(Con la mirada concentrada.)* Mi palacio tiene que estar allá arriba. Muy arriba tiene que estar. Con la vista libre a todos lados de manera que se pueda mirar a lo lejos…, muy lejos.

SOLNESS.—¿No tendrá también una torre muy alta?

HILDE.—Una torre de una altura inmensa. Y sobre la torre una azotea. Sobre esa azotea estaré yo.

SOLNESS.—*(Llevándose involuntariamente una mano a la frente.)* ¿Cómo puede usted sentir placer en encontrarse en esa altura vertiginosa?

HILDE.—¡Sí, sí! Allí precisamente quiero estar y contemplar a los otros… que levantan iglesias. Y a los que hacen viviendas para el padre y la madre y los niños. Y usted podrá también subir y verlos conmigo.

SOLNESS.—*(Con voz contenida.)* ¿Podrá subir el maestro a ver a la princesa?

HILDE.—Si el maestro quiere…

SOLNESS.—*(Más bajo.)* Entonces creo que subirá el maestro.

HILDE.—*(Asintiendo con la cabeza.)* El maestro… vendrá.

SOLNESS.—Pero ya no edificará nada más… el pobre maestro.

HILDE.—¡Sí, sí! Estaremos los dos juntos. Y entonces edificaremos lo más hermoso, lo más maravilloso que hay en la tierra.

SOLNESS.—*(Con ansiedad.)* ¡Hilde…, dígame usted lo que es!

HILDE.—*(Le mira sonriendo, mueve un poquitín la cabeza y le habla como a un niño.)* Los constructores, maestro…, son… muy tontos, muy tontos.

SOLNESS.—Sí que son tontos. Pero dígame usted lo que es. ¿Qué es eso a lo que usted llama lo más maravilloso de la tierra? Eso que vamos a edificar nosotros dos.

HILDE.—*(Hilde permanece silenciosa, y luego dice con una expresión indeterminada en los ojos.)* Castillos en el aire.

SOLNESS.—¡Castillos en el aire!

HILDE.—*(Asintiendo.)* Castillos en el aire, sí. ¿Tiene usted idea de lo que pueden ser esos castillos?

SOLNESS.—Usted dice que lo más hermoso que hay sobre la tierra.

HILDE.—*(Se levanta y dice violentamente con movimiento de desprecio.)* ¡Claro! Castillos en el aire. ¡Es tan cómodo refugiarse en ellos!… ¡Y tan fáciles de hacer *(Mirándole irónicamente)*, especialmente para los constructores que no tienen una conciencia robusta, que sienten vértigos!

SOLNESS.—*(Poniéndose en pie.)* De hoy en adelante vamos a construir juntos, Hilde.

HILDE.—*(Sonriéndose con duda.)* ¿Castillos en el aire de verdad?

(Ragnar Brovik sale de la casa; trae una gran corona verde adornada con flores y cintas de seda.)

HILDE.—*(Con una explosión de alegría.)* ¡La corona! ¡Oh, va a ser terriblemente hermoso!

SOLNESS.—¿Pero cómo viene usted, Ragnar?

RAGNAR.—Se lo había prometido al maestro del taller.

SOLNESS.—*(Aliviado.)* Entonces es que su padre de usted está mejor.

RAGNAR.—No.

SOLNESS.—¿No le animó lo que yo le escribí?

RAGNAR.—¡Llegó demasiado tarde!

SOLNESS.—¡Demasiado tarde!

RAGNAR.—Cuando yo se lo llevé había perdido ya el sentido.

SOLNESS.—¡Pero entonces váyase usted a casa! Tiene usted que estar con su padre.

RAGNAR.—Ya no me necesita.

SOLNESS.—De todos modos, debe usted estar con él.

RAGNAR.—Está ella allí.

SOLNESS.—*(Vacilando un poco.)* ¿Kaja?

RAGNAR.—*(Mirándole hoscamente.)* Sí, Kaja.

SOLNESS.—Váyase usted a casa, Ragnar. Por ella como por él. Deme usted la corona.

RAGNAR.—*(Conteniendo una sonrisa burlona.)* ¿No querrá usted mismo…?

SOLNESS.—¿Quiere usted llevarla allá? *(Cogiéndole la corona.)* Y ahora váyase usted a casa. Hoy no le necesitamos a usted.

RAGNAR.—Ya sé que no me necesita usted. Pero hoy no me voy.

SOLNESS.—Bien; si lo quiere usted, quédese.

HILDE.—*(En la barandilla.)* Maestro…, aquí estaré para verle a usted.

SOLNESS.—¡A mí!

HILDE.—¡Oh, qué ansiedad más hermosa!

SOLNESS.—*(Con voz contenida.)* Ya hablaremos más tarde de eso, Hilde. *(Se va, llevando la corona en una mano; baja la escalera y luego atraviesa el jardín.)*

HILDE.—*(Le sigue un momento con la vista; luego se vuelve a Ragnar.)* Me parece que podía usted haberle dado las gracias.

RAGNAR.—¿Darle las gracias? ¿A él las gracias?

HILDE.—Sí que hubiera debido usted hacerlo.

RAGNAR.—En ese caso, más bien que a él debiera dárselas a usted.

HILDE.—¿Cómo puede usted decir semejantes cosas?

RAGNAR.—*(Sin contestarla.)* ¡Pero tenga usted cuidado, señorita! No lo conoce usted bien.

HILDE.—*(Con pasión.)* ¡Oh! Lo conozco mejor que nadie.

RAGNAR.—*(Riendo amargamente.)* ¡Darle las gracias al que me ha tenido años enteros sujeto, impidiéndome la marcha! ¡Al que ha hecho que mi padre llegase a dudar de mí! ¡El que ha hecho que yo mismo…! ¡Y todo para…!

HILDE.—*(Como presintiéndolo de pronto.)* ¿Para…? ¡Dígalo usted enseguida!

RAGNAR.—Para poder conservarla a ella.

HILDE.—*(Se va hacia él violentamente.)* ¿A la señorita del pupitre? No es verdad.

RAGNAR.—Sí lo es.

HILDE.—*(Amenazándole con los puños cerrados.)* ¡No es verdad! ¡Le calumnia usted!

RAGNAR.—Tampoco yo quería creerlo, hasta que hoy… ella misma lo ha dicho.

HILDE.—*(Fuera de sí.)* ¿Qué es lo que dijo? ¡Quiero saberlo! ¡Ahora mismo! ¡Ahora mismo!

RAGNAR.—Dijo que él la dominaba por completo. Que todos sus pensamientos eran suyos. Dice que no puede vivir separada de él. Que quiere seguir aquí donde él está…

HILDE.—*(Con vehemencia.)* ¡Eso no será!

RAGNAR.—*(Inquisitivo.)* ¿Quién va a impedirlo?

HILDE.—*(Rápidamente.)* Él tampoco lo quiere.

RAGNAR.—¿Conque no? Ahora entiendo la cosa. Ahora le resultaría… una carga.

HILDE.—¡No entiende usted nada! Si no, no diría usted eso. No; voy a decirle por qué quería conservarla.

RAGNAR.—¿Por qué?

HILDE.—Para poder conservarlo a usted.

RAGNAR.—¿Ha dicho él eso?

HILDE.—No; pero así es. ¡Tiene que ser así! *(Apasionadamente.)* ¡Yo lo quiero!… ¡Yo quiero que sea así!

RAGNAR.—Y la deja marchar precisamente cuando usted llega.

HILDE.—¡A usted, a usted es a quien ha dejado marchar! ¿Qué le importa ella a él?

RAGNAR.—*(Pensativo.)* ¿Será verdad que me ha temido en secreto todo este tiempo?

HILDE.—¡Tener miedo él! No debiera usted ser tan presuntuoso.

RAGNAR.—¡Oh! ¡Tiene que haber comprendido desde hace tiempo que yo sirvo para algo! Además…, miedoso…, miedoso lo es el maestro.

HILDE.—¡Él! Eso se lo hará usted creer a otro.

RAGNAR.—Hasta cierto punto es miedoso. ¡Él, el gran constructor! Para quitarles a otros su felicidad, como lo ha hecho con mi padre y conmigo, para eso no tiene miedo. Pero atreverse a subir aunque no sea más que a un andamio, ¡Dios le libre!

HILDE.—Quisiera que le hubiese visto usted como yo le he visto, allá arriba, en la altura, vecino al cielo.

RAGNAR.—¿Que ha visto usted eso?

HILDE.—Sí; puede usted creerlo. ¡Oh, allá arriba, libre y audaz, cuando colocaba la corona sobre la veleta de la torre!

RAGNAR.—Ya sé que se ha atrevido a ello una vez en su vida. Pero una vez sola. Nosotros los jóvenes hemos hablado a menudo de eso. Pero no habrá poder en el mundo que le haga repetirlo.

HILDE.—¡Hoy lo repetirá!

RAGNAR.—*(Con burla.)* No lo crea usted.

HILDE.—¡Ya lo veremos!

RAGNAR.—Ni usted ni yo lo veremos jamás.

HILDE.—*(Apasionadamente.)* ¡Yo quiero verlo! ¡Quiero verlo, y lo veré!

RAGNAR.—Pues no lo hará. Sencillamente porque no se atreve. Pues esa debilidad la tiene él, el gran constructor.

(La señora Solness sale de la casa.)

SEÑORA SOLNESS.—*(Mirando en derredor.)* ¿No está por aquí? ¿Adónde ha ido?

RAGNAR.—El señor Solness está con los obreros.

HILDE.—Se fue con la corona hacia allá.

SEÑORA SOLNESS.—*(Angustiada.)* ¡Con la corona! ¡Oh, Señor, Señor! Señor Brovik…, ¡vaya usted allá! ¡Haga usted por traerlo!

RAGNAR.—¿Le digo que quiere usted hablar con él?

SEÑORA SOLNESS.—Sí, dígaselo usted… No, no…; no le diga usted nada de mí. Dígale usted que preguntan por él. Y que tiene que venir enseguida.

RAGNAR.—Perfectamente. Así lo haré, señora. *(Baja la escalera y se va por el jardín.)*

SEÑORA SOLNESS.—¡Oh, señorita Wangel! No puede usted darse idea de lo que sufro por él.

HILDE.—¿Pero es que corre tanto peligro?

SEÑORA SOLNESS.—¿Pero no lo comprende usted? ¡Figúrese usted! ¡Si fuese en serio! ¡Si realmente quisiese subir a colocar la corona!

HILDE.—*(Con ansiedad.)* ¿Cree usted que lo hará?

SEÑORA SOLNESS.—¡Cualquiera sabe lo que se le ocurrirá! Es capaz de todo.

HILDE.—¡Ah! ¿Usted cree también, acaso, que el maestro no está…, no está del todo bien?

SEÑORA SOLNESS.—No sé lo que voy a creer de él. El doctor me ha contado tantas cosas… Y, por otra parte, si pienso en lo que muchas veces le he oído… *(El doctor Herdal asoma la cabeza por la puerta.)*

HERDAL.—¿No viene pronto?

SEÑORA SOLNESS.—Creo que vendrá. Por lo menos, he mandado a buscarle.

HERDAL.—*(Aproximándose.)* Pero usted mejor se va a casa, señora.

SEÑORA SOLNESS.—No, no. Quiero quedarme aquí, a esperar a Halvard.

HERDAL.—Es que han venido unas señoras…

SEÑORA SOLNESS.—¡Oh, Señor! ¿También eso? ¡Y precisamente ahora!

HERDAL.—Quieren ver la fiesta.

SEÑORA SOLNESS.—En ese caso, tengo que ir adentro a recibirlas. Porque ese es mi deber.

HILDE.—¿No podía usted decir a las señoras que la dispensasen?

SEÑORA SOLNESS.—No, eso no es posible. Una vez que han venido, mi deber es atenderlas. Pero quédese usted aquí entretanto…, y hable con él cuando vuelva.

HERDAL.—Y entreténgalo usted todo el tiempo que pueda con su conversación.

SEÑORA SOLNESS.—Sí; hágalo usted, querida señorita Wangel. Haga usted lo posible por que no se vaya.

HILDE.—¿No sería mejor que lo hiciese usted misma?

SEÑORA SOLNESS.—¡Ay, Dios mío! En realidad, ese sería mi deber. Pero cuando se tienen tantos deberes distintos…

HERDAL.—*(Mirando hacia el jardín.)* Ahí viene.

SEÑORA SOLNESS.—¡Y precisamente en este momento tengo que irme a casa!

HERDAL.—*(A Hilde.)* No le diga usted que estoy aquí.

HILDE.—¡Oh, no! Ya buscaré algún otro tema para poder hablar con el maestro.

SEÑORA SOLNESS.—Y no le deje usted marcharse. Me parece que usted es quien mejor puede lograrlo.

(La señora Solness y el doctor entran en la casa. Hilde permanece de pie asomada a la barandilla. Solness llega, subiendo la escalera del jardín.)

SOLNESS.—Me han dicho que había alguien que quería hablarme.

HILDE.—¡Claro que sí! Yo soy.

SOLNESS.—¡Oh, es usted, Hilde! Me había temido que fueran Alina y el doctor.

HILDE.—¡Usted teme demasiadas cosas!

SOLNESS.—¿Lo cree usted así?

HILDE.—La gente dice que tiene usted miedo de subir allá arriba.

SOLNESS.—Bueno; en esas cosas sabe usted…

HILDE.—¿De modo que tiene usted miedo?

SOLNESS.—Sí; lo tengo.

HILDE.—¿Teme usted caer y desnucarse?

SOLNESS.—No; eso no.

HILDE.—¿Qué es lo que teme usted entonces?

SOLNESS.—Temo las represalias, Hilde.

HILDE.—¿Las represalias?

SOLNESS.—Siéntese usted. Voy a contarle una cosa.

HILDE.—¡Sí, cuénteme usted! ¡Enseguida! *(Se sienta en un taburete al pie de la barandilla y le contempla llena de expectación.)*

SOLNESS.—*(Tirando su sombrero en la mesa.)* Ya sabe usted que lo primero que empecé a construir fueron iglesias.

HILDE.—*(Asiente con la cabeza.)* Eso ya lo sé.

SOLNESS.—Eso fue porque me habían educado piadosamente en una casa en el campo, y creía que no podía haber nada más alto que eso de construir iglesias.

HILDE.—¿Y por qué no?

SOLNESS.—Y puedo decirlo. Ponía un ánimo tan ardiente y tan piadoso en la construcción de esas iglesias, que…

HILDE.—¿Qué? Diga usted.

SOLNESS.—Que pensaba que él debía estar satisfecho de mí.

HILDE.—¿Él? ¿Quién?

SOLNESS.—¡Aquel para quien estaban destinadas las iglesias, naturalmente! Aquel en cuyo honor y gloria se construían.

HILDE.—¡Ah! ¿Pero cómo sabe usted, que… que Él… no estaba satisfecho de usted?

SOLNESS.—*(Sarcásticamente.)* ¡Él satisfecho de mí! ¿Cómo puede usted decir semejante cosa, Hilde? Él, que permitió que el demonio que yo llevaba en mí se moviese a su capricho en mi interior. Él, que les mandó estar a todas horas a mi disposición, día y noche, a todos esos… esos…

HILDE.—Diablillos…

SOLNESS.—Eso es, de todas clases. ¡Oh! ¡Bien notaba yo que no estaba contento conmigo! *(Misteriosamente.)* Ese…, ese fue en el fondo el motivo por el cual hizo arder la casa antigua.

HILDE.—¿Ese fue el motivo?

SOLNESS.—Sí. ¿No lo comprende usted? Quería proporcionarme ocasión de hacerme un maestro completo en mi arte… de construir iglesias para su gloria. Al principio no entendía adónde iba; pero luego, de pronto, lo vi claro.

HILDE.—¿Cuándo ocurrió eso?

SOLNESS.—Eso ocurrió cuando construí el campanario de allá arriba.

HILDE.—Ya me lo parecía.

SOLNESS.—Fue entonces. Porque, ¿sabe usted?, allá, en aquel pueblo, entre extraños, pude coordinar mis cavilaciones sin que me molestase nadie. Y entonces vi claro por qué me había quitado los niños. Lo había hecho para que no estuviese ligado a nada. A nada, como amor, felicidad… No había de ser más que constructor. Nada más que constructor. Y había de emplear toda mi vida en construir para él. *(Riendo.)* Pero las cosas no ocurrieron así.

HILDE.—¿Qué fue lo que hizo usted?

SOLNESS.—En primer lugar, me estudió y me probó a mí mismo.

HILDE.—¿Y después?

SOLNESS.—Después realicé lo imposible. ¡Yo como Él!

HILDE.—¿Lo imposible?

SOLNESS.—Hasta entonces nunca había tenido valor para subir a la altura y estarme allí libre y sin temor. Aquel día lo hice.

HILDE.—*(Poniéndose en pie de un salto.)* ¡Sí que lo hizo usted!

SOLNESS.—Y cuando estaba allá arriba y colocaba la corona sobre la veleta de la torre, le hablé así: «¡Ahora escúchame, tú, Todopoderoso! De hoy en adelante quiero ser un constructor libre. Quiero edificar para mí. No para ti. No volveré a construir otra sola iglesia. No haré más que viviendas para los hombres».

HILDE.—*(Centelleándole los ojos.)* ¡Ese fue el canto que sonaba allá arriba!

SOLNESS.—Pero luego las aguas fueron por su corriente.

HILDE.—¿Qué quiere usted decir?

SOLNESS.—*(Mirándola melancólico.)* Hacer viviendas para hombres… es una empresa que no vale dos céntimos.

HILDE.—¿Dice usted ahora eso?

SOLNESS.—Ahora lo veo. Los hombres no necesitan viviendas. Al menos, no las necesitan para ser felices. Y yo tampoco necesitaba una vivienda de esas para mí…, suponiendo que alguna vez hubiera tenido un hogar. *(Sonriéndose con amargura.)* Ya ve usted en lo que queda mi obra entera. En el fondo, no he construido nada. Ni tampoco he sacrificado nada para llegar a construir. Nada, absolutamente nada. Todo ello reunido no vale nada.

HILDE.—¿Y después de eso… ya no quiere usted construir más?

SOLNESS.—*(Vivamente.)* Al contrario; ¡ahora es precisamente cuando voy a empezar!

HILDE.—¿Que va usted a construir? ¿Qué? ¡Dígamelo usted inmediatamente!

SOLNESS.—Lo único en lo que creo que puede haber felicidad para los hombres…; eso es lo que voy a construir.

HILDE.—*(Mirándole fijamente.)* Maestro…, está usted pensando en nuestros castillos en el aire.

SOLNESS.—Sí; en los castillos en el aire pienso.

HILDE.—Yo temo que sintiese usted vértigos antes que llegásemos a mitad de camino.

SOLNESS.—No; yendo de la mano de usted, no, Hilde.

HILDE.—*(Con rastro de cólera contenida.)* ¿Conmigo sola? ¿No iba a haber nadie más con nosotros?

SOLNESS.—¿Quién más cree usted?

HILDE.—¡Oh! Por ejemplo, esa Kaja que estaba en el pupitre… A esa pobrecita…, ¿no querría usted llevarla también?

SOLNESS.—¡Ah! ¿Era de ella de quien hablaba antes Alina con usted?

HILDE.—¿Es verdad o no?

SOLNESS.—*(Bruscamente.)* A eso no le contesto a usted. ¡Tiene usted que creer en mí incondicionalmente!

HILDE.—He creído en usted con tal seguridad durante diez años…

SOLNESS.—¡Pues es preciso que siga usted creyendo!

HILDE.—Sí; cuando le vea a usted allá arriba, alto y libre.

SOLNESS.—*(Melancólicamente.)* ¡Oh, Hilde, en la vida ordinaria no soy capaz de hacerlo!

HILDE.—*(Apasionadamente.)* ¡Yo lo quiero! ¡Lo quiero! *(Suplicante.)* ¡Una vez sola, maestro! ¡Haga usted lo imposible otra vez sola!

SOLNESS.—*(Mirándola profundamente.)* Si lo hago, Hilde, cuando esté allá arriba hablaré con Él como la vez pasada.

HILDE.—*(Con ansiedad creciente.)* ¿Qué quiere usted decirle?

SOLNESS.—Le diré: «¡Óyeme, poderoso Señor! ¡Puedes juzgarme como quieras; pero de hoy en adelante no volveré a construir más que lo que hay de más magnífico sobre la tierra!…»

HILDE.—*(Entusiasmada.)* ¡Sí, sí!

SOLNESS.—Lo construiré junto con una princesa…

HILDE.—¡Sí, dígale usted eso! ¡Dígaselo!

SOLNESS.—Sin duda. Y luego le diré: «¡Ahora bajo y la estrecho entre mis brazos y la beso!…»

HILDE.—¡Muchas veces! ¡Dígalo usted!

SOLNESS.—¡Muchas, muchas veces lo diré!

HILDE.—¿Y después?

SOLNESS.—Después agitaré mi sombrero, volveré a bajar y haré lo que había dicho.

HILDE.—*(Con los brazos extendidos.)* ¡Ahora le veo a usted como entonces, cuando oí cánticos allá arriba!

SOLNESS.—*(Inclina la cabeza y la mira.)* ¿Cómo ha llegado usted a ser lo que es, Hilde?

HILDE.—¿Cómo ha hecho usted de mí lo que soy?

SOLNESS.—*(Rápida e imperiosamente.)* La princesa tendrá su palacio.

HILDE.—*(Palmoteando llena de júbilo.)* ¡Oh, maestro! ¡Mi palacio maravilloso! ¡Nuestro castillo en el aire!

SOLNESS.—¡Con un cimiento sólido en la base!

(En la calle se ha reunido una multitud que se atisba por entre los árboles. A lo lejos, detrás de la nueva casa, suenan instrumentos de viento. La señora Solness, con una piel al cuello; el doctor Herdal, que trae un chal blanco en el brazo, y algunas señoras, salen de la casa. Al mismo tiempo, Ragnar viene por la escalera del jardín.)

SEÑORA SOLNESS.—¿Hay también música?

RAGNAR.—También, señora. Es la Sociedad de Obreros de Construcción. *(A Solness.)* El maestro de obras dice que está preparado para subir con la corona.

SOLNESS.—*(Cogiendo su sombrero.)* Bien; voy yo mismo a ver cómo anda aquello.

SEÑORA SOLNESS.—*(Temerosa.)* ¿Qué quieres hacer allí, Halvard?

SOLNESS.—*(Bruscamente.)* Tengo que estar abajo con la gente.

SEÑORA SOLNESS.—Pero abajo, ¿verdad? Nada más que abajo.

SOLNESS.—¡Oh! Es lo que hago siempre…, por lo menos en la vida ordinaria. *(Baja por la escalera del jardín.)*

SEÑORA SOLNESS.—*(Apoyada en la barandilla, le grita.)* ¡Pero, por Dios, le pidas al hombre que suba a colgar la corona que sea prudente! ¡Prométemelo, Halvard!

HERDAL.—*(A la señora Solness.)* ¿Ve usted como tenía yo razón? Ya no piensa en esas locuras.

SEÑORA SOLNESS.—¡Oh, no sabe usted qué alivio siento! Dos veces se nos han caído trabajadores… Y los dos murieron al instante. *(Volviéndose a Hilde.)* Gracias, señorita, por haberlo entretenido. Yo no hubiera sabido hacerlo tan bien, de seguro.

HERDAL.—*(Alegremente.)* Sí, sí, señorita Wangel. ¡Como usted se lo proponga, puede usted detener a cualquiera!

(La señora Solness y el doctor Herdal van hacia las señoras que están al lado de la escalera, y miran al jardín. Hilde se queda en primer término apoyada en la barandilla.)

RAGNAR.—*(Yendo hacia ella con risa contenida; a media voz.)* Señorita…, ¿ve usted a los muchachos aquellos que están en la calle?

HILDE.—Sí.

RAGNAR.—Son los camaradas que han venido para ver al maestro.

HILDE.—¿Por qué quieren verle?

RAGNAR.—Quieren ver cómo no tiene valor para subir a su propia casa.

HILDE.—¡Ah! ¡Conque eso quieren los muchachos!

RAGNAR.—Nos ha tenido demasiado tiempo debajo. Ahora queremos ver cómo también él se queda una vez abajo.

HILDE.—Pues eso no lo verá usted. Esta vez, no.

RAGNAR.—*(Sonriendo.)* ¿De veras? ¿Conque no lo veremos?

HILDE.—¡Arriba, arriba…, junto a la veleta le verá usted!

RAGNAR.—*(Riéndose.)* ¡Él! ¡Bienaventurados los que creen!

HILDE.—Quiere subir hasta la cúpula de la torre, y por consiguiente, le ha de ver usted allí.

RAGNAR.—¡Claro que querrá! Eso lo creo. Pero es que, sencillamente, no puede. Se le iría la cabeza antes de llegar a la mitad. Caería hecho pedazos.

HERDAL.—*(Señalando hacia la casa.)* ¡Mirad! El maestro de obras pone ahora la escalera.

SEÑORA SOLNESS.—Y subirá a poner la corona. ¡Oh, que sea prudente, Dios mío!

RAGNAR.—*(Mira asombrado, no creyendo creer lo que ve.)* ¡Pero si es él!…

HILDE.—*(Jubilosamente.)* Es el maestro mismo.

SEÑORA SOLNESS.—*(Grita con espanto.)* ¡Sí, es Halvard! ¡Oh, Dios mío de mi alma!… ¡Halvard! ¡Halvard!

HERDAL.—¡Silencio! ¡No le llame usted!

SEÑORA SOLNESS.—*(Medio loca.)* ¡Yo voy allá! ¡Es preciso que baje!

HERDAL.—*(Deteniéndola.)* ¡Que nadie se mueva! ¡Silencio!

HILDE.—*(Inmóvil, siguiendo a Solness con la vista.)* ¡Sube, sube! ¡Más alto! ¡Cada vez más alto! ¡Vea usted! ¡Vea usted!

RAGNAR.—*(Con ansiedad.)* ¡Ahora tiene que volverse! ¡No es posible!

HILDE.—¡Sube, sube! ¡Pronto estará arriba!

SEÑORA SOLNESS.—¡Oh, me muero de espanto! ¡No puedo verlo! ¡No puedo verlo!

HERDAL.—¡Pues no mire usted!

HILDE.—¡Ya está arriba! ¡Arriba!

HERDAL.—Silencio… ¿Oye usted?

HILDE.—*(Con expresión de delicioso júbilo interior.)* ¡Por fin! ¡Por fin! ¡Ahora vuelvo a verlo grande y libre!

RAGNAR.—*(Casi sin habla.)* ¡Pero esto es…!

HILDE.—Así lo veía todos estos diez años. ¡Como ahora está! Pero, a pesar de todo, ¡qué terrible ansiedad! ¡Mire usted! ¡Ahora cuelga la corona en el extremo de la torre!

RAGNAR.—¡Es como si estuviese uno viendo lo imposible!

HILDE.—¡Eso es lo que él hace precisamente: lo imposible! *(Con una expresión indefinida en los ojos.)* ¿No ve usted a nadie más allá arriba?

RAGNAR.—No; no hay nadie más que él.

HILDE.—¡Sí; hay alguien allí con quien él habla!

RAGNAR.—Se equivoca usted.

HILDE.—¿Y los cánticos, tampoco los oye usted?

RAGNAR.—Será el viento en la copa de los árboles.

HILDE.—¡Yo oigo el cántico! ¡Un cántico poderoso! *(Grita con júbilo salvaje, impetuoso.)* ¡Allí, allí! ¡Ahora agita el sombrero! ¡Nos saluda! ¡Ya está! *(Le quita al doctor el chal blanco, lo agita y grita hacia arriba.)* ¡Viva el constructor Solness!… *(Las señoras de la terraza agitan los pañuelos. Suenan vivas en la calle; de pronto se acallan y la multitud prorrumpe en un grito de espanto. Por entre los árboles se ve cómo un hombre cae con el andamiaje.)*

LA SEÑORA SOLNESS Y DEMÁS SEÑORAS.—¡Cae!… ¡Cae!…

(La señora Solness vacila, cae hacia atrás sin conocimiento, y las señoras la levantan entre gritos y confusión; la multitud de la calle salta al jardín; el doctor Herdal corre también allá. Pausa corta.)

HILDE.—*(Se queda como petrificada mirando hacia arriba y dice.)* ¡Maestro mío!

RAGNAR.—*(Tembloroso y apoyándose en la barandilla.)* Ha debido deshacerse… Estará muerto, de seguro.

UNA SEÑORA.—*(Mientras que se llevan a la señora Solness adentro.)* Corra usted a buscar al doctor.

RAGNAR.—No puedo moverme.

OTRA DAMA.—¡Entonces, llame usted por lo menos a alguien!

RAGNAR.—*(Trata de gritar.)* ¿Cómo está? ¿Vive?

UNA VOZ.—*(Desde el jardín.)* ¡El maestro ha muerto!

OTRAS VOCES.—*(Más cerca.)* Tiene la cabeza deshecha. Ha caído sobre el montón de piedras.

HILDE.—*(Se vuelve a Ragnar y dice en voz baja.)* Ahora no puedo verle allá arriba.

RAGNAR.—¡Oh, qué cosa más terrible! Ya ve usted que no podía.

HILDE.—*(Como festejando un triunfo interior.)* ¡Pero llegó hasta la cima! ¡Y yo oí cómo sonaban las arpas en lo alto! *(Agita el chal y grita con pasión impetuosa.)* ¡Maestro…, maestro mío!…

FIN

Nota sobre esta edición

Esta edición reproduce la traducción de José Ramón Pérez Bances publicada en *Dramas de Enrique Ibsen*, tomo II (Madrid, Librería de los Sucesores de Hernando, 1915; Biblioteca Clásica, tomo CCXXXV), a partir del ejemplar digitalizado que conserva Internet Archive.

Se ha actualizado la ortografía según las normas vigentes de la Real Academia Española y se han corregido las erratas evidentes del impreso. El texto del traductor se mantiene sin otros cambios.

En algunos pasajes se han devuelto a su personaje réplicas que el impreso atribuye por error a otro.

¡Gracias por leer este libro de
WWW.ELEJANDRIA.COM!

Descubre nuestra colección de libros gratis de dominio público en castellano en nuestra web